

BELMONTE BERMÚDEZ, LUIS DE (1587-1650)

*EL DIABLO PREDICADOR*

PERSONAS que hablan en ella:

FELICIANO, galán  
El GUARDIÁN de San Francisco  
El GOBERNADOR de Luca  
LUZBEL  
OCTAVIA, dama  
JUANA, criada  
TEODORA  
LUDOVICO  
SAN MIGUEL  
ASMODEO  
Fray ANTOLÍN  
Fray PEDRO  
Fray NICOLÁS  
ALBERTO, criado  
CELIO, criado  
Un NIÑO JESÚS  
NUESTRA SEÑORA  
Tres POBRES

JORNADA PRIMERA

Baja LUZBEL, en un dragón

LUZBEL:

¡Ah, del oscuro reino del espanto,  
estancia del dolor, mansión del llanto,  
donde ya de otro daño sin recelo  
la desesperación es el consuelo!  
Abrid; y tú, de quien mi rabia fía  
de esa noble y eterna monarquía  
el gobierno en mi ausencia,  
ven a mi voz.

Sale ASMODEO, por un escotillón

ASMODEO:

Ya estoy en tu presencia;  
pero, ¿qué te ha obligado  
a que me llames?

LUZBEL:

¿No lo has penetrado?

ASMODEO:

No, príncipe, si bien creo que es mucha  
la causa.

LUZBEL:

La mayor.

ASMODEO:

Pues, dilo.

LUZBEL:

Escucha.

Sobre este helado vestigio  
en cuya forma triforme  
di espanto en su Apocalipsi  
al más venturoso joven,  
para saber los que el yugo  
de mi imperio reconocen,  
en término de dos días  
he dado la vuelta al orbe  
y, de diez partes, las nueve  
por las justas permisiones  
del Criador eterno yacen  
a mi obediencia conformes.  
Los bárbaros sacrificios  
me ofrecen, y adoraciones,  
en las mentidas estatuas  
de barro, de hierro y bronce.  
La morisma en su vil secta,  
y también otras naciones  
que en una verdad disfrazan  
mil diferentes errores,  
sin que a ninguna de tantas  
sus distantes horizontes  
la disculpe de que al Dios  
que todo lo hizo ignore,  
pues no hubo en toda la tierra

clima tan ignoto donde  
no llegasen, explicadas  
por alguno de los doce  
discípulos las verdades  
de los cuatro historiadores;  
ni parte donde el cruzado  
leño, ya en llano o ya en monte,  
no quedara por testigo  
de su pertinacia torpe.  
Solamente algunas partes  
de la Europa se me oponen,  
adorando al Uno y Trino,  
y al Verbo por Dios y Hombre;  
pero, aunque en ellas hay muchos  
jardines de religiones  
cuya agradable fragancia  
de sus penitentes flores,  
penetra el eterno alcázar  
para que a Dios desenoje  
de lo mucho que le ofenden  
los mismos que le conocen.  
Los que me dan más tormento  
son--¡ah, mi rabia me ahogue!--  
esos hijos--sin nombrarle  
será fuerza que le nombre--  
de aquél por menor más grande,  
de aquél más rico por pobre,  
de aquel retrato de Dios  
humanado tan conforme  
que, si en un pesebre Cristo  
nació, Francisco, por orden  
también divina, un pesebre  
para oriente suyo escoge.  
Si tuvo, como maestro,  
doce discípulos, doce  
fueron los que de Francisco  
siguieron también el norte.  
Si el uno murió suspenso  
de un árbol, no hay quien ignore  
que otro de los de Francisco  
murió pendiente de un roble.  
Si de Jesús el sagrado  
culto, la lluvia de azotes  
le transformó en laberintos  
de sangrientos tornasoles,  
de la sangre de Francisco

todas las habitaciones  
que tuvo parecen jaspes  
salpicadas de sus golpes.  
Si a Cristo la infame turba  
le tejieron de cambrones  
impía y regia diadema  
que le hierra y le corone,  
Francisco, en robusta zarza,  
sólo en los paños menores  
castigando pensamientos  
inculpable por veloces,  
revocado entre sus puntas  
logró la zarza verdores  
de laurel que coronaron  
penitencias tan feroces.  
Si cinco puntas abrieron  
en aquel árbol triforme  
al cielo en su Autor divino  
siempre abiertas para el hombre,  
¿no fue su retrato en ella  
Francisco, aunque yo lo llore,  
sino original traslado,  
pues en una unión acorde  
de manos, pies y costado  
con increíbles favores?  
De Dios mereció Francisco  
en una, cinco impresiones  
de penetrantes heridas,  
que al recibirlas entonces  
la dicha de su contacto  
le lisonjeó los dolores.  
Hasta otro Tomás curioso  
tuvo, que incrédulo toque  
la herida de su costado,  
a cuyo crüel informe  
un éxtasis doloroso  
le dejó a Francisco inmóvil;  
de suerte que le juzgaron  
por tránsito sus menores.  
Los hijos pues de este humilde  
portento de perfecciones,  
con el fruto de su ejemplo  
son mis contrarios mayores.  
Que el Hacedor soberano  
castigara oposiciones  
de quien, siendo su criatura,

pretendió de Criador nombre.  
Vaya, que aun no fue el castigo  
a mi delito conforme,  
y no sólo no me ofende  
pero me añade blasones;  
que su sacrosanta madre  
pusiera en mi cuello indócil  
la planta, cuyo coturno  
de serafines compone.  
No me irritó; que si es reina,  
por infinitas razones  
de las nueve órdenes bellas  
tronos y dominaciones,  
puesto que perder no puedo  
mi ser angélico noble.  
Mi reina es y no me ultraja  
que su pie a mi cerviz dome.  
Sólo tengo por injuria  
que a tantas persecuciones  
estos míseros descalzos  
tantos vencimientos logren;  
que el ser tan flacos contrarios  
los que a mi poder se oponen  
de mi altivez acrecientan  
más las desesperaciones.  
Ellos al cielo conducen  
más almas que ese salobre  
piélago produce arenas,  
más que cuantas plumas torpes  
de tantos heresiarcas  
han conducido legiones  
de espíritus al infierno.  
Y no, Asmodeo, te asombre  
que si este mal no se ataja.  
Muy presto no ha de haber donde  
los remendados mendigos  
la bandera no enarbolan  
de aquél que, por su valiente  
humildad mereció el nombre  
de gran alférez de Cristo;  
Y que aquella silla goce  
que perdí cuando intentaron  
mis soberbias presunciones  
fijarla en el solio trino  
poniendo en arma su corte.  
Para esta empresa te llamo.

No fácil te la propone  
mi ciencia porque después  
de la del celeste monte  
a ninguna tan difícil  
se arrojaron mis rencores;  
porque la regla que guardan,  
como sabes, estos hombres  
es la apostólica vida,  
y no por inspiraciones  
solamente instituida  
porque Dios mismo esta orden  
dictó a boca que Francisco  
fue su secretario entonces.  
El cual le dijo, piadoso  
para con sus posteriores:  
"¿Quién, Señor, guardará regla  
tan cruel que se compone  
de veinte y cinco preceptos  
sin glosa ni explicaciones  
con pena de mortal culpa  
siendo humano?" Y respondióle:  
"Yo criaré quien la guarde,  
Francisco, no te congojes."  
Mas no le dijo que todos  
uniformemente acordes  
la guardarían; que fueran  
vanos nuestras pretensiones.  
Parte a España, y en Toledo  
que es hoy de sus poblaciones  
la mayor, siembra impiedades  
en los de mediano porte,  
y en los gremios, que éstos son  
los que a estos frailes socorren,  
estorbando que en sus pechos  
la devoción fuerzas cobre;  
que son, en lo que aprenden  
tenaces los españoles.  
No en los ricos te embaraces;  
que más que tus persuasiones  
hará la ambición en ellos;  
y, aunque vean dos mil pobres,  
no harán reparo ninguno;  
que, como nunca estos hombres  
ven de la necesidad  
la cara, no la conocen.  
Esto en general, que en todas

las reglas hay excepciones.  
Yo en esta ciudad de Luca  
me quedo, donde disponen  
mis cautelas que estos frailes  
la conservación no logren  
de un convento que han fundado,  
haciendo en sus moradores  
que las limosnas conviertan  
en vergonzosos baldones;  
que ya casi persuadidos  
los tengo a que son mejores  
limosnas las que se hacen  
a quien con obligaciones  
lo pasan míseramente  
que a los que vienen con nombre  
de religiosos mendigos,  
sin que a la ciudad importe  
entre los demás que tengo  
para que mi engaño apoyen.  
Hay aquí un rico avariento  
con quien fuera el que supone  
la parábola piadoso  
y liberal, cuyo nombre  
es Ludovico, y ya llega  
de Florencia su consorte,  
tan infeliz como hermosa  
y cuerda, pues antepone  
a su pasión la obediencia  
del padre que, siendo noble,  
con este ambicioso bruto  
la casó por verse pobre.  
Pero es devota de aquella  
de todos los pecadores  
abogada, que la libra  
de estas imaginaciones.  
Pero ya llega a su casa.  
Parte a España, que aunque invoquen  
en su ayuda estos mendigos  
las divinas protecciones,  
he de hacer que esta segunda  
nave de la iglesia choque  
en los escollos de impíos  
y rebeldes corazones,  
negándoles el sustento,  
o que en los bajíos toque  
de la natural flaqueza

con que, por lo menos, logre  
que en su poca confianza  
sin que el piloto lo estorbe,  
zozobre, si no se pierde  
o encalle, si no se rompe.

ASMODEO:

Príncipe de las tinieblas,  
a tus preceptos responde  
obedeciendo Asmodeo.  
Desde hoy estén a tu orden  
los espíritus impuros  
del español horizonte.  
Presto verás los del toscó  
sayal con fuerzas menores  
si Dios mismo en favor suyo  
su autoridad no interpone.

Sube ASMODEO en el mismo dragón que  
bajó LUZBEL

LUZBEL:

Estos frailes dejarán  
desamparado el convento  
por la falta de sustento  
si hoy limosna no les dan;  
que con sólo un pan ayer  
que un pasajero les dio  
todo el convento comió;  
mas hoy no le han de tener;  
que aunque el Guardián ha salido,  
viendo su necesidad,  
a pedir por la ciudad  
ninguno le ha socorrido.  
Mas ésta la casa es  
de Ludovico, y por ella  
va entrando su esposa bella;  
pero llorará después  
el haberse reducido  
de su padre a la obediencia;  
que su amante, de Florencia  
desesperado ha venido  
siguiéndola.

Salen LUDOVICO, de camino, y CRIADOS, y por otra  
puerta OCTAVIA y JUANA

LUDOVICO:

Conoció,  
sin duda, las ansias mías  
vuestro padre, pues dos días  
la dicha me anticipó;  
aunque también he sentido  
el que no me haya avisado  
para que hubiera logrado  
el haberos recibido  
con la ostentación forzosa  
diez millas de la ciudad.

OCTAVIA:

No quiero más vanidad,  
señor, que ser vuestra esposa;  
y así no os quise obligar  
a una fineza excusada.

JUANA:

(Es que ya viene informada      Aparte  
de lo que siente el gastar.)

LUDOVICO:

Muy bien habéis respondido.

JUANA:

(¡Qué presto se ha conformado!)      Aparte

OCTAVIA:

(Horror el verle me ha dado      Aparte  
¡Qué desdichada he nacido!)

[Aparte las dos]

JUANA:

¿Qué te parece?

OCTAVIA:

No sé.  
Déjame; que estoy sin vida.

LUZBEL:

(La mujer está afligida      Aparte  
pero bien tiene de qué  
porque es el hombre peor

de todos cuantos encierra  
el ámbulo de la tierra.)

LUDOVICO:

Tan ufano está mi amor  
de poderos llamar mía  
que aún viéndolo no lo creo.

OCTAVIA:

Pues creed que mi deseo  
no esperó ver este día.

Sale un CRIADO

CRIADO:

Un florentín caballero  
que Feliciano se llama  
te quiere hablar.

LUDOVICO:

¿Feliciano  
en Luca? Mucho me espanta.

Aparte las dos

JUANA:

Él te ha venido siguiendo.

OCTAVIA:

Esto sólo me faltaba.

LUDOVICO:

Pues, ¿qué espera?

CRIADO:

Tu licencia.

LUDOVICO:

¿Quién es dueño de mi casa  
y de mí pide licencia?

Sale FELICIANO

FELICIANO:

Prevenición fuera excusada  
el pedirle; pero supe

que ahora de llegar acaba  
vuestra esposa, y mi visita  
juzgué que os embarazara.

LUDOVICO:

Señor Feliciano, fuera  
de ser nuestra amistad tanta,  
caballeros tan ilustres  
honran siempre, no embarazan,  
y yo pienso que es mi esposa  
vuestra deuda.

FELICIANO:

Y muy cercana;  
mas, como el padre la tuvo  
de todos tan recatada,  
nunca llegué a conocerla;  
que hasta que la vi casada  
siempre la tuve por otra.

LUDOVICO:

Pues es cosa bien extraña.

OCTAVIA:

La condición de mi padre,  
como sabéis, fue la causa.

FELICIANO:

Y vuestra mucha obediencia.  
Gocéis, Ludovico, a Octavia  
los años que yo deseo.

JUANA:

(Pues moriráse mañana.)    Aparte

LUZBEL:

(Tú harás que la goce poco    Aparte  
si María no la ampara.)

LUDOVICO:

¿Y a qué ha sido la venida  
a Luca? Que me alegrara  
de que fuera muy despacio.

FELICIANO:

Amigo, Luca es mi patria

pero solamente vengo  
a vender de mi mediana  
hacienda lo que ha quedado  
y salir luego de Italia  
porque mi intento es servir  
al gran César de Alemania  
pues ya, de mis pretensiones  
murieron las esperanzas.  
De veinte años en Florencia  
entré, donde pleitaba  
de por vida un mayorazgo  
con asistencia del alma.  
Vióse el pleito sin citarme  
y, aunque mi abogado estaba  
presente, en él tenía  
neciamente confianza.  
Nada en mi defensa dijo  
porque la parte contraria  
selló con oro sus labios;  
que con sólo una palabra  
en que el hecho consistía  
vieran mi justicia clara,  
en fin, perdí el pleito.

LUDOVICO:

Amigo,  
todo el oro lo contrasta.  
No hay cosa que lo resista.

LUZBEL:

(Yo he de hacer, cuando no caiga, Aparte  
que tropiece en la sospecha.)

FELICIANO:

Que ésa es verdad asentada.  
Se ha visto bien, Ludovico,  
en voz y en mi prima Octavia,  
pues por hombre poderoso  
gozáis la fénix de Italia.

LUDOVICO:

Decís bien.

OCTAVIA:

Aunque el ser vos  
parte tan apasionada

me aseguren de que son  
lisonjas vuestras palabras,  
si en la intención no me ofenden,  
en lo que suenan me agravian.  
Yo me casé por poderes  
sin ver, con quien me casaba.  
Claro está que no gustosa  
pero tampoco forzada;  
que no tienen albedrío  
mujeres nobles y honradas.  
Pero, si yo fuera mía,  
ni todo el oro de Arabia,  
creed, señor Feliciano,  
que a casarme me obligara  
con Ludovico, y decirle  
que fue su hacienda la causa  
cuando fuera verdad, fuera  
verdad poco cortesana.

FELICIANO:

Yo le he dicho lo que siento  
con llaneza, en confianza  
de la amistad.

LUDOVICO:

Yo sintiera  
que de otra suerte me hablaras.

[LUZBEL], acercándose a LUDOVICO [le habla  
al oído]

LUZBEL:

Mas de Octavia la respuesta,  
si bien se mostró enojada,  
parece que es disculparse.

LUDOVICO:

(Sin duda que quiso Octavia  
disculparse con su deudo  
por ser su nobleza tanta  
que se casó con un hombre  
que en la sangre no la iguala  
pues le dijo que, a ser suya,  
conmigo no se casara.  
Aunque también ser pudiera...  
Pero es ilusión.)

Salen el GUARDIÁN, y fray ANTOLÍN,  
que es lego

GUARDIÁN:  
Deo gratias.

ANTOLÍN:  
Por siempre, pues callan todos.

LUDOVICO:  
¿Cómo se entran en mi casa  
sin llamar? (Con estos frailes    Aparte  
tengo oposición extraña.)

GUARDIÁN:  
Abierta estaba la puerta.

LUZBEL:  
(Con éste no hago yo falta.    Aparte  
Voyme adonde más importe.)

Vase [LUZBEL]

JUANA:  
Buen lance ha echado mi ama.

LUDOVICO:  
Pues, ¿a qué entraron?

GUARDIÁN:  
Entramos...

ANTOLÍN:  
(Por voto mío no entrara.)    Aparte

GUARDIÁN:  
...a darte el parabién...

LUDOVICO:  
Bueno.

GUARDIÁN:  
...a ti y a tu esposa Octavia,  
y a pedirle que hoy siquiera,  
porque el sustento nos falta,

mandes que nos den limosna.

LUDOVICO:

Hoy está muy ocupada  
toda mi familia, padres.  
Váyanse, que me embarazan.

GUARDIÁN:

Pues en el día que tomas  
posesión tan deseada  
de ti, sobre ser tan rico  
como el que más en Italia,  
¿no le darás a Dios algo  
o en hacimiento de gracias,  
o en albricias, cuando sabes  
que nuestros hermanos pasan  
necesidad tan extrema  
que aún nos ha faltado el agua?

LUDOVICO:

Yo he menester lo que tengo;  
y si el sustento les falta,  
¿por qué la ciudad no dejan?

GUARDIÁN:

No es tan poco la constancia  
de los hijos de Francisco.  
Dios volverá por su causa  
moviendo los corazones  
y serenando borrascas  
que ha levantado el infierno  
en ti y en toda tu patria.

LUDOVICO:

Salgan de mi casa luego  
o saldrán por las ventanas.  
¡Viven los cielos!

FELICIANO:

Tenéos.

ANTOLÍN:

Vámonos, padre.

LUDOVICO:

¿Qué aguardan?

Váyanse presto.

JUANA:

¡Ay, señora!

¿Con éste has de vivir?

OCTAVIA:

Juana,

morir será lo más cierto  
pues nací tan desdichada.

LUDOVICO:

Trabajen para el sustento,  
o esperen que se le traiga  
el que instituyó la regla.

GUARDIÁN:

El demonio por ti habla.

ANTOLÍN:

No tal; que él no ha menester  
al demonio para nada.

LUDOVICO:

¿Hay mayor atrevimiento?

FELICIANO:

Padres, por Dios, que se vayan.

LUDOVICO:

Matad esos vagamundos.

FELICIANO:

¿Qué decís?

OCTAVIA:

Esposo, basta.

ANTOLÍN:

¡Por mi padre San Francisco  
que le ha de servir de vaina  
el que llegue a este cuchillo!

GUARDIÁN:

Hermano...

ANTOLÍN:  
Dios no me manda  
que me deje matar.

GUARDIÁN:  
Vamos,  
y tengamos confianza;  
que Dios dijo a nuestro padre  
que jamás a su sagrada  
religión le faltaría  
el sustento.

ANTOLÍN:  
Pues ya tarda,  
padre mío.

GUARDIÁN:  
Tenga, hermano  
Antolín, fe y esperanza.

ANTOLÍN:  
Fe y esperanza me sobran;  
la caridad me hace falta.

Vanse los dos

LUDOVICO:  
No volvieran al convento  
si presentes no os hallarais  
vos, por vida de mi esposa.

JUANA:  
Éste no es cristiano.

OCTAVIA:  
Calla.

FELICIANO:  
En lástima se convierte  
ya de mis celos la rabia.

Sale un CRIADO

CRIADO:  
Ya las mesas están puestas  
y los músicos aguardan.

LUDOVICO:

Entrad, porque honréis mi mesa.

FELICIANO:

(Por si puedo hablar a Octavia   Aparte  
lo acepto.) Yo soy quien puede  
honrarse con merced tanta.

Vamos.

OCTAVIA:

(Que se quede sientto.)   Aparte

LUDOVICO:

(No creí que lo aceptara.)   Aparte

OCTAVIA:

(¡Ay, Feliciano! ¡Qué presto  
de mí has tomado venganza!)

Vanse. Salen el GUARDIÁN, y fray  
ANTOLÍN con piedras en las manos

GUARDIÁN:

Deje las piedras.

ANTOLÍN:

¿Cómo que las deje?  
Y si sale un criado de este hereje  
tras nosotros, verá con la presteza  
que un par de ellas le escondo en la cabeza.

GUARDIÁN:

La crueldad y la ira,  
fray Antolín, de este hombre no me admira  
en tan protervo como impío pecho.  
Sólo me admira el huracán deshecho  
que el demonio en seis días solamente  
ha levantado en la piadosa gente  
que limosna nos daba;  
que, en fin, aunque no mucha nos bastaba.

ANTOLÍN:

Padre Guardián, mientras que da el aviso  
a nuestro general, será preciso  
los cálices vender.

GUARDIÁN:

No querrá el cielo  
que llegue a tan notable desconsuelo  
nuestra necesidad.

ANTOLÍN:

¡Qué gentil flema!  
Pues, ¿a qué ha de llegar si ya es la extrema?  
Mas estas piedras que convierta espero  
en pan un cierto amigo tabernero  
que hace su fe milagros cada día.

GUARDIÁN:

(Sin duda, con el hambre desvaría.) Aparte

ANTOLÍN:

Que hará pan de las piedras imagino  
quien sabe convertir el agua en vino.

GUARDIÁN:

Aquí vive Teodora. Llame, hermano,  
a su puerta.

Llama y sale LUZBEL

LUZBEL:

(Esta vez llamará en vano.) Aparte

Dentro como enfadada

TEODORA:

¿Quién es?

ANTOLÍN:

No tiene traza la Teodora  
de dar nada.

GUARDIÁN:

Dos frailes son, señora,  
Franciscos.

Sale TEODORA [y habla LUZBEL aparte a ella]

LUZBEL:

Tienes hijos y estás pobre.

TEODORA:

Padres, pidan limosna a quien le sobre;  
que yo tengo en mi casa  
muchos que sustentar y es muy escasa  
mi hacienda.

GUARDIÁN:

Sí, será; mas ni un bocado  
de pan en toda la ciudad me han dado.  
Dánosle tú, por Dios, que en Él espero  
que le pague.

TEODORA:

Mis hijos son primero.  
Perdonen.

ANTOLÍN:

La razón es concluyente.

GUARDIÁN:

¡Oh, lo que sabe la infernal serpiente!

LUZBEL:

(De poco os admiráis; mas ya, inspirado      Aparte  
de mí, el gobernador viene irritado.  
Hacia esta parte conducirlo espero.)

ANTOLÍN:

De la serpiente querellarme quiero.

GUARDIÁN:

¿A quién?

ANTOLÍN:

A Dios; que es mucho atrevimiento  
el hacer que nos quiten el sustento.  
Las demás tentaciones,  
silicios, disciplinas y oraciones  
puedo vencer; pero no es para sufrida  
tentación que nos quite la comida;  
que el natural derecho es lo primero.  
Ayer nos dejó un pan de pasajero  
y antes que le soltara de las manos  
todos a él nos fuimos como alanos;  
y el buen hombre, asustado y afligido,

viéndose de los frailes embestido,  
juzgó su muerte cierta;  
y sacando los pies hacia la puerta  
decía: "Yo no he hecho mal ninguno,  
padres, ténganse allá. ¿Tantos a uno?"

GUARDIÁN:

Padre, pues Dios lo permite,  
que esto nos conviene crea.

ANTOLÍN:

Yo lo creo en cuanto al alma;  
pero una hambre tan fiera,  
padre Guardián, mucho dudo  
que a mi cuerpo le convenga.  
Y si el demonio me embiste,  
quien no come no pelea.

GUARDIÁN:

Seráfico padre mío,  
¿qué es esto? En tan opulenta  
ciudad, tan cristiana y noble,  
¿permitís vos que convierta  
contra vos, en vuestros hijos,  
del demonio la cautela  
tantos blandos corazones  
en duras rebeldes piedras?  
Bárbara gente, mirad  
que vuestros sentidos ciega  
el enemigo de toda  
la humana naturaleza.  
Dad limosna a San Francisco;  
que no hay empleo que tenga  
tan segura la ganancia,  
pues todo el cielo granjea.  
Dadle a Dios algo; que el pobre  
es su semejanza mesma.  
No le cerréis, ciudadanos,  
a la piedad las orejas.

ANTOLÍN:

¿Mas que en vez de pan volvemos,  
padre, cargados de leña,  
si no calla?

Salen el GOBERNADOR y criados, y LUZBEL,

detrás de él

LUZBEL:

(No permitas Aparte  
que ciudad que tú gobiernas  
alboroten estos frailes  
que ser humildes profesan.)

GOBERNADOR:

¿Qué voces son éstas, padres?  
¿Por qué la ciudad alteran?

GUARDIÁN:

Gobernador generoso,  
doy voces porque nos niegan  
la acostumbrada limosna  
con que el perecer es fuerza;  
que mi religión ni tiene  
ni pueda tener hacienda.  
Sólo la piedad cristiana  
es quien la ampara y sustenta;  
pero está en segura finca  
ya que ésta es la vez primera  
que faltó a frailes franciscos,  
ni en la villa más pequeña,  
el sustento.

LUZBEL:

(Si les falta Aparte  
¿por qué la ciudad no dejan?)

GOBERNADOR:

Pues si esta ciudad es, padre,  
tan mala que sólo en ella  
les ha faltado el sustento,  
el irse donde le tengan  
será el más prudente medio  
y el más fácil.

GUARDIÁN:

Quien gobierna  
tan ilustre y quien  
la ley de Cristo profesa,  
¿eso responde? ¿Qué más  
un alarbe respondiera?

LUZBEL:  
(¿Esto sufres?)      Aparte

GOBERNADOR:  
Pues, ¿conmigo  
habla con tal desvergüenza?  
Bastantes pobres tenemos  
naturales de esta tierra  
que ya trabajar no pueden  
y es la obligación primera  
de la ciudad sustentarlos,  
y es limosna más acepta  
que en ellos. Váyanse luego.  
Quítense de mi presencia;  
que, ¡vive Dios...!

GUARDIÁN:  
Los infieles  
el pobre sayal respetan  
de mi padre San Francisco;  
y pues que tú le desprecias,  
siendo cristiano, sin duda  
mueve el demonio tu lengua.

GOBERNADOR:  
No mueve sino la tuya  
porque justamente pueda  
castigar tu atrevimiento.  
Pregonad luego que, pena  
de perdimiento de bienes  
nadie en la ciudad se atreva  
a dar limosna a estos hombres.

Vase [el GOBERNADOR] y los criados

ANTOLÍN:  
Ella es gente tan perversa  
que está de más pregonarlo.

GUARDIÁN:  
¡Que tan bárbara fiereza  
quepa en un pecho cristiano!  
¡Qué más Diocleciano hiciera?

Dentro

GOBERNADOR:  
¡Echadlos de aquí o matadlos!

ANTOLÍN:  
Buena la hemos hecho.

Dentro

VOCES:  
¡Mueran!

LUZBEL:  
(No es eso lo que pretendo.)    Aparte

ANTOLÍN:  
¡Por Dios, que nos apedrean!  
Huyamos, padre, al convento  
pues que le tenemos cerca.

GUARDIÁN:  
Gente sin fe, deteneos.

ANTOLÍN:  
Corra; que en la diligencia  
consiste en salvar las vidas.

Dentro

VOCES:  
¡Mueran estos frailes, mueran!

ANTOLÍN:  
Aprisa, padre.

GUARDIÁN:  
Dios mío,  
¿qué persecución es ésta?

Vanse los dos

LUZBEL:  
Logré, a pesar de Francisco,  
mi intento. Ya será fuerza  
que el convento desaparen.  
Pero, ¿qué resplandor ciega  
mi vista?

Aparecen el NIÑO JESÚS, cubierto el rostro con un velo, y SAN MIGUEL

SAN MIGUEL:  
Infernal serpiente,  
yo humillaré tu soberbia.

LUZBEL:  
¿Miguel?

SAN MIGUEL:  
¿Cómo imaginaste,  
no ignorando la promesa  
que hizo el Criador a Francisco,  
quitarle el sustento puedan  
de tu envidia los engaños?

LUZBEL:  
Ninguno, con más certeza  
que yo, sabe que no puede  
faltar su palabra inmensa;  
mas faltar su confianza  
puede, y ya su gran fineza,  
que ya, si aún no les falta,  
indecisa titubea;  
pero mi triunfo no estriba  
en que estos hombres no tengan  
el alimento preciso  
sino en los que se le niegan.

SAN MIGUEL:  
Pues tú mismo lo que has hecho  
deshaz, para que obedezca  
Ludovico la ley santa.

LUZBEL:  
¿Yo contra mí mismo? ¡Pesia  
mi desdicha!

SAN MIGUEL:  
Y fabricar  
otro convento en que tenga,  
a pesar tuyo, Francisco  
más hijos de su obediencia.

LUZBEL:

Pues yo, ¿cómo?

SAN MIGUEL:

No repliques.

Lo mismo has de hacer que hiciera  
Francisco. Ve a su convento,  
y a sus frailes con prudencia,  
el querer desampararle  
reprehende, y por tu cuenta  
corre desde hoy su alimento,  
y ha de ser para que puedan  
sustentar algunos pobres,  
como lo manda la regla  
que Dios dictó. Parte luego,  
y hasta tener orden nueva,  
lo que te mando ejecuta  
sin que en nada retrocedas  
porque otra vez a Francisco  
en sus frailes no te atrevas.

Va subiendo la apariencia poco a poco mientras

LUZBEL dice estos versos

LUZBEL:

Preciso es; mas permitidme  
que de tan crüel sentencia  
mis sentimientos apelen  
al alivio de la queja.  
Vos, ¿no le disteis al hombre  
porque a lo mejor atienda,  
dejando aparte los cinco  
sentidos, las tres potencias?  
¿A la voluntad no basta  
su entendimiento por rienda?  
También al entendimiento,  
¿su memoria no le acuerda  
la brevedad de la vida,  
que hay muerte, que hay gloria y pena?  
Si esto no basta, ¿no tiene  
celestial inteligencia  
que le auxilia por instantes?  
Bien ventajoso pelea  
que yo no tengo más armas  
que su natural flaqueza.  
Si éstas vuestra soberana,

absoluta omnipotencia  
no solamente me quita  
tantas veces que use de ellas,  
sino hoy me manda que yo  
contra mí mismo las vuelva,  
¿para qué son permisiones?  
Sálvense todos, no tenga  
el hombre voluntad propia.  
Sólo se cumpla la vuestra;  
pero, ¿para qué me canso  
si el ejecutarlo es fuerza?  
Porque, a mi pesar, los hombres  
a obedeceros aprendan.

A un tiempo se cubre la apariencia, vase LUZBEL,  
y salen el GUARDIÁN, fray ANTOLÍN, fray PEDRO,  
y fray NICOLÁS

ANTOLÍN:  
A tanto extremo ha llegado.

GUARDIÁN:  
Padre, ¿eso ha sucedido?

ANTOLÍN:  
Milagro patente ha sido  
el haber vivos llegado.

NICOLÁS:  
Jamás en tan grande aprieto  
convento nuestro se vio.

GUARDIÁN:  
Limosna tal vez faltó  
mas perderles el respeto  
con extremo semejante,  
tan a cara descubierta,  
no se ha visto.

ANTOLÍN:  
Hasta la puerta  
llegó el escuadrón volante  
de muchachos, disparando  
piedras, y uno dijo: "Ésta  
vaya del lego a la testa."  
Pero no se fue alabando

el mancebo, ¡voto a tal!,  
del intento aunque fue vano;  
que yo llevaba en la mano  
como un puño un pedernal,  
y a darle las gracias fue.

GUARDIÁN:  
Pero, ¿le hizo algún mal?

ANTOLÍN:  
No.  
Las narices le aplastó.

GUARDIÁN:  
¿Qué dice, hermano?

ANTOLÍN:  
Sí, a fe.

GUARDIÁN:  
Pero, ¿le hizo sangre?

ANTOLÍN:  
Risa  
me da; pues, ¿no era forzoso?

GUARDIÁN:  
¡Jesús! ¡Sangre en un religioso!

ANTOLÍN:  
A bien que no soy de misa.

PEDRO:  
Padre Guardián, ya nos vemos  
con tan gran necesidad  
que salir de esta ciudad  
luego es fuerza. No esperemos  
a que después no podamos.

NICOLÁS:  
El esperar a mañana,  
padre, es esperanza vana,  
y de la suerte que estamos,  
otro día más pudiera  
con las vidas acabar.

GUARDIÁN:

A poderlo remediar  
con la mía, la perdiera  
gustoso en esta ocasión  
por lo que se ha decir  
y porque lo ha de sentir  
toda nuestra religión.

ANTOLÍN:

Sólo por la fe la vida,  
padre, se debe perder;  
mas morir de no comer  
es necesidad conocida.  
Que al derecho natural  
ningún precepto prefiere;  
y el primero que yo viere  
con pan, por bien o por mal,  
connmigo habrá de partir  
aunque un obispo le traiga.  
Y si no, caiga el que caiga.

GUARDIÁN:

¿Eso un fraile ha de decir?

ANTOLÍN:

Y lo haré.

NICOLÁS:

Padre Guardián,  
nuestro padre San Francisco  
manda que, si no quisieren  
en algún pueblo admitirnos,  
pasemos donde seamos  
con caridad recibidos;  
sin que prevenir pudiera  
que donde la ley de Cristo  
profesan nos maltrataran,  
ni que hubiera tan impío  
Gobernador que mandara,  
pena de bienes perdidos,  
que nadie nos dé limosna.

GUARDIÁN:

Padres, ya estoy convencido.  
En su custodia llevemos  
el Sacramento Divino

descubierto hasta salir  
de la ciudad, que no fío  
de esta gente. Las reliquias  
llevar también es preciso  
repartidas entre todos.

ANTOLÍN:

Y el hermano jumentillo  
las casullas y ornamentos  
llevará si es que está vivo  
porque ayer le hallé comiendo  
de su refectorio mismo  
la mesa.

GUARDIÁN:

Vamos.

Sale LUZBEL, vestido de fraile

LUZBEL:

Deo gratias,  
hermanos. (¡Fiero castigo!)      Aparte

GUARDIÁN:

¡Válgame Dios! ¿Quién es, padre?  
Que de verle aquí me admiro.

ANTOLÍN:

¿Por dónde ha entrado este fraile?

NICOLÁS:

Por la puerta no ha podido  
que yo la cerré.

LUZBEL:

No hay puerta  
cerrada al poder divino.  
Él es quien, sin que pudiera  
excusarme, me ha traído  
desde tan ignoto clima,  
que el puesto donde yo asisto  
en mi vocación constante,  
el sol, general registro  
o le perdonó por pobre  
o dejó por escondido.

GUARDIÁN:  
Dígame, ¿qué nombre tiene?

LUZBEL:  
Mi nombre es y mi apellido  
fray Obediencia Forzado,  
de antes Querub...

ANTOLÍN:  
Vizcaíno  
debe de ser el tal fraile.

GUARDIÁN:  
Parece varón divino.

ANTOLÍN:  
Bien su palidez lo muestra.

LUZBEL:  
Pues jamás tan encendido  
tuve el espíritu.

GUARDIÁN:  
Padre,  
díganos pues a qué vino;  
que nos tienen recelosos  
sus palabras y el prodigio  
de entrar cerradas las puertas.  
(Algún engaño imagino      Aparte  
de nuestro común contrario.  
¡Temblando estoy!)

ANTOLÍN:  
Yo apercibo  
hisopo y agua bendita  
por si acaso es el maligno.

LUZBEL:  
No temen, y esténme atentos.  
Orden traigo de Dios mismo  
a boca de reprehenderles  
la poca fe que han tenido  
los que siguen la bandera  
del gran alférez de Cristo.  
¿La plaza que les entrega  
desamparan fugitivos?

No ha dos días naturales  
que puso en contrario el sitio.  
¿Cómo desmaya tan presto  
de vuestra esperanza el brío?  
Los que debieran ser rocas,  
de corazones impíos  
a los embates, ¿qué oponen,  
siendo culpa lo indeciso,  
a riesgos amenazados,  
temores ejecutivos?  
Sabido que a nuestro padre  
prometió Dios que a sus hijos  
no faltaría el sustento,  
¿incurren en un delito  
tan grande como el pensar  
que pueda lo que Dios dijo  
faltar? (¡Que yo tal pronuncie!) Aparte  
Crean...(¡Volcanes respiro!) Aparte  
...que cuando de todo el orbe  
cerraran a un tiempo mismo  
los vivientes racionales  
a la piedad los oídos,  
los ángeles les trajeran  
el sustento prometido  
de su Criador, o el demonio  
porque fuese más prodigio.

ANTOLÍN:

Con el fervor echa llama  
por los ojos.

GUARDIÁN:

Padre mío,  
bien se ve que es enviado  
de Dios, pues tanto han podido  
sus palabras que mil vidas  
diera primero a los filos  
de la hambre, que dejar  
de mi padre San Francisco  
la casa.

PEDRO:

No habrá ninguno  
de sus verdaderos hijos  
que no dé por Dios la vida.

NICOLÁS:

Y estarán todos corridos,  
padre, de haber intentado  
volver al espalda al peligro.

LUZBEL:

(Lo que fue natural miedo  
en mérito han convertido.  
¡Qué presto a lo mejor vuelven  
los que de Dios asistidos  
están!)

ANTOLÍN:

Padre, ésta es pregunta.  
Estándome yo quedito,  
sin buscar algo que coma,  
¿será padecer martirio  
por Dios el morir de hambre?

LUZBEL:

Juzgo que no; mas le afirmo  
que coma muy presto.

ANTOLÍN:

Luego,  
fuera mejor, padre mío;  
que ya se cierra el gznate.

LUZBEL:

Hermanos, con sacrificios  
satisfagan la amorosa  
queja del Autor Divino.  
De su alimento me encargo  
desde luego haciendo oficio  
de limosnero.

ANTOLÍN:

¿Limosnas  
en esta ciudad? Me río.

LUZBEL:

Presto saldrá de este engaño;  
que el hermano ha de ir conmigo.

ANTOLÍN:

Yo no me atrevo.

LUZBEL:  
No tema,  
fray Antolín.

ANTOLÍN:  
¿Quién le dijo  
mi nombre?

LUZBEL:  
Yo le conozco.  
Padre Guardián. No dé indicio  
de temor. Abra esas puertas.

GUARDIÁN:  
(Éste es ángel. No replico.)    Aparte

ANTOLÍN:  
Alguna sarna se cura  
el padre; que el olorcillo  
es de azufre.

GUARDIÁN:  
(Mas ya el cielo    Aparte  
me da de quién es aviso.  
¡Válgame Dios!)

LUZBEL:  
A los frailes  
anime; que están rendidos.

GUARDIÁN:  
(Encubrir este portentoso    Aparte  
por los frailes es preciso.)

LUZBEL:  
Váyanse al coro y no teman;  
que mientras yo les asisto,  
seguro estará de lobos  
este redil de Francisco.

GUARDIÁN:  
(Sí, pues ya Dios en triaca    Aparte  
el veneno ha convertido.)

Vanse el GUARDIÁN, fray PEDRO y fray

NICOLÁS, y quedan solos fray ANTOLÍN y  
LUZBEL

LUZBEL:

Tome las arguenas, padre,  
porque traiga lo preciso  
esta noche; que mañana  
se llevará el jumentillo.

ANTOLÍN:

Yo creo que volveremos  
al convento con lo mismo  
que llevamos.

LUZBEL:

Tan cargado  
ha de volver, sin pedirlo,  
que ha de llegar al convento  
muy cansado.

ANTOLÍN:

Y aun molido  
si me encuentran los muchachos.

LUZBEL:

No tema, pues va conmigo;  
que mientras les asistiere  
no hay que recelar peligros.

ANTOLÍN:

Pues, ¿por qué?

LUZBEL:

Porque ya tiene  
su mayor contrario amigo.

## JORNADA SEGUNDA

Salen el GUARDIÁN, Fray PEDRO,  
y Fray NICOLÁS

PEDRO:

Él es varón prodigioso,

padre Guardián. Sus portentos  
el ser humano desmienten.

GUARDIÁN:

De muchos santos leemos,  
padre, portentos tan grandes  
y eran humanos.

NICOLÁS:

Es cierto,  
y que podía Dios en éste  
obrar lo que en aquellos  
y más, si fuere servido.

PEDRO:

Claro está; pero no es eso  
lo que nos tiene confusos  
sino ignorar en qué reino  
o en qué provincia este santo  
tomó el hábito; porque esto  
ni él ha querido decirlo  
ni hemos podido saberlo  
con que juzgo que no es fraile.

GUARDIÁN:

(Ni aun quisiera parecerlo.)    Aparte

NICOLÁS:

Yo he pensado que es Elías  
porque manda con imperio  
notable y con aspereza.

GUARDIÁN:

(No asistiera en tan ameno    Aparte  
país.)

PEDRO:

Yo creo que es ángel.

GUARDIÁN:

(Puede ser, pero no bueno.)    Aparte

PEDRO:

Porque sufrir cada día  
un trabajo tan inmenso  
como andar la ciudad toda

y asistir en el convento,  
que labra con tanta prisa,  
trabajando y disponiendo  
y hallarse presente en casa  
cuando importa, siendo cuerpo  
humano, fuera imposible  
sin que tal vez por lo menos  
el cansancio le rindiera.

GUARDIÁN:

Sólo asegurarle puedo,  
padre, que Dios le ha enviado;  
no examinemos sus misterios.  
A fray Forzado obedezcan  
en todo, pues cuanto ha hecho  
y cuanto ha mandado es justo;  
que yo también le obedezco  
y soy su guardián.

Sale fray ANTOLÍN

ANTOLÍN:

No hay parte  
segura de este hechicero.  
Dos gazapos me ha sacado  
que escondí en un agujero  
con una vara de hondo.  
Por mi mal vino al convento.  
Él ha dado en perseguirme.

GUARDIÁN:

Fray Antolín, pues, ¿tan presto  
se vuelve a casa?

ANTOLÍN:

Sí, padre,  
que dos veces el jumento  
y yo venimos cargados  
y es fuerza volverme luego;  
que quedan muchas limosnas  
por traer.

GUARDIÁN:

Gracias al cielo.  
¿Dónde queda fray Forzado?

ANTOLÍN:

No sé; que sólo le veo  
cuando él quiere que le vea.  
En la obra del convento  
que labra está todo el día;  
pero no deja por eso  
de entrar en más de mil casas.  
Él camina más que el viento  
y trabaja por cien hombres.  
En la fábrica un madero  
no le pudieron subir  
veinte hombres. Llegó a este tiempo  
y asiéndolo por el cabo  
a no agacharse tan presto  
los que arriba le esperaban  
los birla y vienen al suelo.

GUARDIÁN:

Ésa, bien se ve que es fuerza  
sobrenatural.

ANTOLÍN:

A tiempos  
está que parece un ángel  
y otras veces en el cielo  
pone los ojos y brama  
como un toro, y yo sospecho  
que, aunque él disimula, tiene  
muchos males encubiertos,  
y sin duda que son llagas;  
que huele muy mal el siervo  
de Dios.

GUARDIÁN:

Calle; que ya viene.

Sale LUZBEL

LUZBEL:

Deo gratias.

GUARDIÁN:

En la tierra y cielo  
se las den ángeles y hombres.

ANTOLÍN:

Temor me causa y respeto.

PEDRO:

Y a todos.

GUARDIÁN:

Sea bien venido  
su caridad.

LUZBEL:

Vaya luego  
fray Antolín a la casa  
de don César que allá dejo  
seis aves y unas conservas.  
Tráigalas y al enfermero  
las entregue.

ANTOLÍN:

Voy volando.  
Venga conmigo, fray Pedro.

Vanse

GUARDIÁN:

¿En qué estado tiene, padre,  
fray Obediencia, el convento  
que labra?

LUZBEL:

Ya está acabado.

GUARDIÁN:

¿De todo punto?

LUZBEL:

El blanqueo  
le falta.

GUARDIÁN:

Que me ha admirado  
la brevedad le confieso.

LUZBEL:

Pues habiendo cinco meses  
que se abrieron los cimientos,  
me han parecido cien años.

Más de mi parte no he puesto  
sino el hallarme presente  
a todos, buscar dinero  
y trazar la arquitectura;  
pero, si el Autor Eterno  
me lo hubiera permitido,  
en cinco días y en menos  
hiciera más que cien hombres  
en cinco meses han hecho.

GUARDIÁN:

(No darme por entendido      Aparte  
será mejor.) ¡Bien lo creo!  
Pero Dios no hace milagros  
sin necesidad de hacerlos.

LUZBEL:

El milagro yo le hiciera;  
que bastante poder tengo  
si Dios no me lo coartara.

GUARDIÁN:

Ya de quién es estoy cierto;  
no ha menester explicarse.

LUZBEL:

No lo ignoro.

GUARDIÁN:

Y de que es menos  
su poder que el de mi padre  
San Francisco.

LUZBEL:

El valimiento,  
padre Guardián, que su padre  
tiene con el Rey Eterno,  
es su poder, y que es grande  
por esa parte confieso;  
mas no es poder el poder  
que necesita del ruego.

GUARDIÁN:

Pues, ¿qué poder no procede  
del de Dios?

LUZBEL:

No argumentemos.  
Tenga humildad; que conmigo  
el que sabe más es lego.

GUARDIÁN:

Eso nunca lo he dudado;  
mas no pudo, por lo menos,  
con cuanto puede y alcanza,  
lograr su mayor deseo.

LUZBEL:

¿No? Pues diga, padre, ¿en mí  
qué castiga Dios?

GUARDIÁN:

Su intento.

LUZBEL:

Él es muy buen religioso,  
padre Guardián, pero necio.  
Cuando yo llegué, ¿no estaban  
cobardemente resueltos  
a dejar él y sus frailes  
desamparado el convento?  
Luego de parte suya  
logré mi intención, supuesto  
que, por mirarlos vencidos,  
se puso el Criador en medio.  
Déle gracias del prodigio  
que mira; pero creyendo  
que, a ser su constancia más,  
fuera mi castigo menos.

GUARDIÁN:

(Muy bien me ha mortificado.)      Aparte

LUZBEL:

Es preciso hacer lo mismo  
que, vivo, hiciera Francisco.  
Mire si pesar tan fiero  
será mortificación  
mayor, sobre el vituperio  
de que el sayal de Francisco  
me disfrace, aunque supuesto.

GUARDIÁN:

Nunca se vio tan honrado  
desde que cayó del cielo.

LUZBEL:

La memoria le ha faltado  
con el desvanecimiento  
que le ha dado, pues se olvida  
de que su origen primero  
procede de polvo o barro.

GUARDIÁN:

No me olvido. Bien me acuerdo  
de que Dios al primer hombre  
de aquel barro damasceno  
hizo con sus propias manos;  
y el ángel le costó menos  
cuidado, pues con un fiat...

LUZBEL:

Esa materia dejemos  
que ni es de aquí ni él la sabe;  
además de que no tengo  
permisión de responderle.  
¿Cuándo quiere que empecemos,  
padre, la fundación nueva?

GUARDIÁN:

Si le parece, sea luego.

LUZBEL:

A mí me importa. ¿Qué frailes  
la han de empezar?

GUARDIÁN:

Yo no puedo  
nombrarlos. A cargo suyo  
está elegir los sujetos  
y el número. Por mi cuenta  
corre sólo el cumplimiento  
de todo lo que ordenare.

LUZBEL:

¡Qué falso está! Pero el tiempo  
llegará presto en que pase  
otra vez de extremo a extremo.

GUARDIÁN:

Dios querrá que tus astucias  
nos den más merecimientos.

LUZBEL:

Si Dios lo ha de hacer, no dudo  
que será fácil; mas ellos  
ya sé yo cómo pelean.

GUARDIÁN:

Que soy de barro confieso.

LUZBEL:

Mire que ya sus ovejas  
entran a pacer, y pienso  
que al pastor esperan. Vaya,  
y cuide de que, en comiendo,  
no se esparzan porque puede  
perderse alguna.

GUARDIÁN:

Yo creo  
que es ociosa diligencia;  
mas él las guarde si hay riesgo,  
pues Dios le ha traído a ser  
de sus ovejas el perro.

Vase

LUZBEL:

Fuerza será, pues rabiando  
morder a ninguna puedo;  
mas de otra suerte algún día  
yo y el pastor nos veremos.

Vase. Salen FELICIANO y JUANA

FELICIANO:

¿Salió Ludovico ya?

JUANA:

Sí, mas te cansas en vano;  
que a no verte, Feliciano,  
resuelta mi ama está.

FELICIANO:  
¡Tanto rigor!

JUANA:  
No es rigor;  
que antes me ha dado a entender...

FELICIANO:  
¿Qué?

JUANA:                 ...  
que el no quererte ver  
nace de tenerte amor;  
que es virtuosa y honrada  
y dice que aun el más leve  
pensamiento excusar debe  
pues ya, en fin, está casada.  
Su padre anduvo crüel.

FELICIANO:  
Al fin ella fue vencida.

JUANA:  
¡Y mire a quién! Mejor vida  
pasáramos en Argel.  
No se ha visto hombre tan fiero  
si algún pobre se le llega,  
y más mientras más le ruega.  
Sólo un fraile limosnera  
de San Francisco porfía  
y le trae desesperado.  
Ni una limosna le ha dado  
pero él viene cada día  
y le ha querido matar;  
pero sólo con que el santo  
le mire, le pone espanto  
y no se atreve a llegar.  
A un pobre ayer un criado  
un poco de pan le dio,  
y al punto le despidió  
después de muy mal tratado.  
Mi señora no ha tenido  
moneda de plata o cobre  
con que dar limosna a un pobre  
ni él lo hubiera consentido.  
De esto está tan afligida

mi ama y con tal temor  
que el verle la causa horror.

FELICIANO:

Juana, aunque doy por perdido  
mi esperanza, le ha de hablar  
esta vez, quiera o no quiera;  
pero será la postrera.

JUANA:

Pues si lo quieres lograr,  
a esa cuadra te retira;  
que sale y se ha de volver  
luego que te llegue a ver.

FELICIANO:

Bien dices.

Éntrase

OCTAVIA:

¡Qué mal lo mira  
el padre que, solamente  
en su codicia fundado,  
a su hija la da estado!  
Que la mujer más prudente,  
si a su esposo aborreciendo  
está y a otro tiene amor,  
bien podrá guardar su honor  
pero vivirá muriendo.  
¡Juana!

JUANA:

¿Que siempre has de estar  
hablando contigo?

OCTAVIA:

Sí.

JUANA:

Feliciano ha estado aquí.

OCTAVIA:

No le vuelvas a nombrar,  
si algún gusto quieres darme,  
mientras yo presente esté.

JUANA:

De aquí adelante lo haré.

Sale FELICIANO

FELICIANO:

¿Qué? ¿Ya te ofende el nombrarme?

OCTAVIA:

Sí, Feliciano, y el verte  
mucho más. Vete al instante  
o iréme yo.

FELICIANO:

Tente.

OCTAVIA:

Suelta.

FELICIANO:

Vive Dios, que has de escucharme  
sola esta vez; que en mi vida  
volveré a verte ni hablarte.

OCTAVIA:

Di pues, y verás que en ti  
no hay razón para culparme.

FELICIANO:

Pues, ¿cómo negarme puedes  
que más de un mes me ocultaste  
el intento, que sabías  
de tu interesado padre?  
Si amenazas ni violencias  
fueran disculpa bastante,  
aun eso no tienes, puesto  
que no intentó violentarte.  
¿Qué disculpa tener puede  
una mujer de tu sangre  
de haber rotpido palabra  
que tantas veces firmaste?  
No sólo no replicaron  
tus labios ni tu semblante,  
mas fue menester mentir  
para que te desposasen,

pues dijiste que jamás  
palabra le diste a nadie;  
y en este papel postrero  
que eras mía confesaste.  
Certificaciones tuyas  
son éstas con que pagaste  
diez años que, en guerra vida  
de amor, seguí tu estandarte,  
haciendo mi fe la posta,  
todo este tiempo constante,  
las noches en tus ventanas,  
los días en tus umbrales.  
Mujeres tan nobles...

OCTAVIA:

Tente;  
que, aunque a mi decoro falte,  
has de saber que tú fuiste  
la causa de mis pesares.  
Algunas sospechas tuve  
de que intentaba sacarme  
mi padre, mas no certezas  
de que pudiese avisarte;  
pero mi padre mismo,  
como a primo de mi madre,  
te dio parte de mi empleo  
y en él presente te hallaste.  
¿Por qué dices que aquel día  
se vio el pleito sin citarte?  
¿Ni que le perdiste, puesto  
que no quisiste ganarle?  
¿Para qué con tantos ruegos,  
si no habían de importarte,  
me pediste, Feliciano,  
que mis papeles firmase?  
¿No te escribí ese papel  
postrero tres días antes  
de aquel infelice día?  
Pues si tú estabas delante,  
y era sobrado instrumento  
para que lo embarazases  
pues digo en él que soy tuya,  
¿por qué no lo presentaste?  
Primero que el sí le diera  
de mi desdicha a mi padre  
delante de tanta gente

dije, volviendo a mirarte:  
"Ya llegó el lance forzoso."  
¿Por qué entonces no llegaste?  
¿Fuera justo, Feliciano,  
callando tú, que yo hablase?  
¿Qué importó que me sirvieras,  
hecho estatua de mi calle,  
soldado de Amor diez años,  
si en la ocasión me faltaste?

Quítale el papel

Este papel dice--¡suelta!--  
"No hay de qué sobresaltarte;  
que esposa tuya es Octavia."  
¿Quién es quien puede quejarse?  
A voluntad tuya puse  
el plazo. ¿Quién fuera parte,  
confesando yo ser mío,  
para dejar de cobrarle?  
Yo hice, en fin, Feliciano  
cuanto pude de mi parte.  
Arbitrio en tu pleito fuiste;  
contra mí le sentenciaste.  
Por ti padezco la pena  
de cautiverio tan grande  
y pesado que mi vida  
será el precio del rescate  
y, puesto que la ofendida  
soy, y tú quien te vengaste,  
vete, y no vuelvas a verme;

Rasga el papel

porque si en estos umbrales  
pones las plantas, haré,  
¡vive el cielo! que te mate  
Ludovico, a quien tú propio  
me vendiste, no mi padre  
puesto que los dos fuimos,  
yo infeliz y tú cobarde.

Vase. [LUDOVICO está] al paño

LUDOVICO:

¿Qué escucho? ¡Válgame el cielo!

FELICIANO:

¿Que a tu decoro mirase  
entonces culpas, Octavia?

JUANA:

¡Gentil disculpa! ¿Pensaste  
que era pleito de revista?

FELICIANO:

¡Sin mí estoy!

JUANA:

Vete; que es tarde  
y vendrá su esposo.

Dentro

LUDOVICO: ¡  
Hola!

JUANA:

Mejor será que te halle  
solo. Adiós.

Vase

FELICIANO:

Vete; que yo  
tengo disculpa bastante.

Sale LUDOVICO

LUDOVICO:

(¡Loco estoy! "Que los dos fuimos, Aparte  
yo infeliz y tú cobarde.")

FELICIANO:

¿Ludovico?

LUDOVICO:

¿Feliciano?

FELICIANO:

A veros en este instante  
entré; mas ya me volvía.

LUDOVICO:

Ved si tenéis qué mandarme.

FELICIANO:

La hacienda mía de campo  
quisiera que vos compraseis;  
pero esto se ha de tratar  
muy despacio y ahora es tarde.

LUDOVICO:

Yo iré a buscaros.

FELICIANO:

Adiós.

Vase

LUDOVICO:

Vuestra vida el cielo guarde.  
(Para que yo te la quite.)      *Aparte*  
Pero mi peligro es grande  
porque son muchos sus deudos,  
y son los más principales  
de la ciudad, con que es fuerza  
cuando con la vida escape,  
el perder toda mi hacienda.  
Y si él primero fue amante  
de Octavia, y es ella el pleito  
que perdió, no es tan culpable  
en Feliciano mi ofensa.  
Este papel, al entrarse,  
Octavia rompió. ¡Qué ciego  
es amor! Pero el juntarle  
para que leerle pueda  
sin mucho espacio no es fácil.  
Letra es de mujer. Sin duda  
es de Octavia. En esta parte  
dice "Feliciano mío."  
¡Respirando estoy volcanes!  
Ya declinó mi fortuna.  
En éste dice "asustarte."  
En ésta "Tuya es Octavia."  
Primero verás, infame,  
tu muerte, ¡viven los cielos!

Vuelve a arrojar los pedazos.  
[Está JUANA] al paño

JUANA:  
¿Que los pedazos dejase?  
Mas no ha reparado en ellos;  
no sé cómo los levante.

Sale JUANA

LUDOVICO:  
¿Qué quieres?

JUANA:  
Ando buscando  
pedazos de papel.

LUDOVICO:  
(Tarde Aparte  
lo previno.) ¿Para qué?

JUANA:  
Estoy con un mal de madre  
y el humo de los papeles  
me le quita.

LUDOVICO:  
No es tan fácil  
para tu mal el remedio.

JUANA:  
Éste no es mal; que es achaque.

LUDOVICO:  
Así lo entiendo. ¿Qué esperas?  
Vete de aquí.

JUANA:  
Que me place.  
(¡Jesús, qué cara! Del mundo Aparte  
me fuera por no mirarle.)

Vase

LUDOVICO:  
No me toca a mí matar

a Feliciano en rigor.  
A Octavia entregué mi honor  
y de ella le he de cobrar  
primero que a ejecutar  
llegue su vil hermosura  
mi afrenta, porque es locura  
el creer que, enamorada  
y a su disgusto casada,  
puede haber mujer segura.

Mis manos en su garganta  
podrán impedir que acudan  
a sus voces las criadas,  
y ahogada... Pero ya culpa  
mi cólera la tardanza.

Al irse, sale LUZBEL por la misma puerta  
y le detiene

LUZBEL:  
Dale a San Francisco alguna  
limosna. (¡Que yo impidiera    Aparte  
de Octavia la muerte injusta!  
Mas Dios lo manda.)

LUDOVICO:  
No sé  
cómo no temes mi furia,  
fraile, fantasma o demonio.  
Sin duda tu muerte buscas.  
¿Qué me persigues si sabes  
ya, por experiencias muchas,  
que en mí no ha de hallar limosna  
tu religión ni ninguna?  
¿Qué me quieres?

LUZBEL:  
Reducirte;  
que la Omnipotencia suma  
me lo manda y es forzoso  
que con sus órdenes cumpla.  
Y puesto que le obedece  
quien de los filos y puntas  
de la invencible guadaña  
no puede temer la furia,  
obedece tú. No esperes

que el término de tus culpas  
llegue; que está ya muy cerca.  
Dale, Ludovico, alguna  
parte a Dios de las riquezas  
que en esas arcas ocultas  
para que por ese medio  
puedas aplacar su justa  
indignación, y piadoso  
sus auxilios te reduzcan  
a restituir.

LUDOVICO:

Detente.

Que me admiro de que sufra,  
¡viven los cielos!, mi rabia  
tus descompuestas locuras.  
¿Yo limosna? Vete luego;  
que mi hacienda, poca o mucha,  
mi fortuna me la ha dado.

LUZBEL:

Ludovico, no hay fortuna  
ni es la que tu hacienda llamas  
absolutamente tuya.

Y no sólo la adquirida  
con viles cambios y usuras  
oro es toda de quien la goza,  
sino la del que madruga  
para el trabajo a la aurora  
comiendo de lo que suda.

Todos los que en esos campos,  
tal vez con piadosa lluvia,  
de la tierra, común madre,  
rompen las entrañas duras,  
y en sus senos animosos  
por depósito sepultan  
del antecedente agosto  
la rica mies grana y rubia,  
después de muchos afanes  
y esperanzas mal seguras,  
como a dueño de la tierra,  
su diezmo a Dios le tributan.

Y él lo entrega a sus ministros  
con orden de que consuman  
en sí solo lo que basta,  
conforme el puesto que ocupan.

Y como sus mayordomos  
en los pobres distribuyan  
lo demás, que Dios en ellos  
todas sus rentas vincula.  
Cuantos adquieren riquezas  
con lo que al pobre le usurpan,  
no verán de Dios la cara  
si no es que la restituyan  
como les fuere posible.  
Y esto ninguno lo duda  
pues, ¿Cómo tú de la hacienda  
dueño absoluto te juzgas  
siendo corneja vestida  
de tantas ajenas plumas?  
Imprudente almendro, advierte  
que según mis conjeturas  
será de infinitas plantas  
escarmiento tu locura.

LUDOVICO:

En tu vida he de vengar,  
hipócrita, mis injurias.

LUZBEL:

No te muevas, que no sabes  
quién soy. Atento me escucha.  
Mira que en ti solamente  
no hay resquicio ni disculpa  
porque el común enemigo  
de todos tu bien procura,  
no sólo por oprimido,  
mas también porque, sin duda,  
le ha de quitar muchas almas  
el ejemplo de la tuya.  
Goza ocasión tan dichosa.  
Ni tus potencias perturba  
ningún espíritu impuro  
ni tus sentidos ofusca.  
Justicia y misericordia  
tu arrepentimiento, ayuda.  
Mira que de su justicia  
la divina espada empuña,  
y que su inmensa paciencia,  
que es la vaina que la oculta,  
se ha cansado ya. ¿Qué aguardas?  
Mira que ya la desnuda.

Mira que el brazo levanta.  
Mira que el golpe ejecuta.

LUDOVICO:  
Ya me arrepiento.

LUZBEL:  
(¡Oh, pese Aparte  
al infierno!) Pues, ¿qué dudas?  
La caridad es la puerta  
del perdón. Por ella busca  
la entrada. Dame limosna.

LUDOVICO:  
Eso no.

LUZBEL:  
¡Vil criatura,  
peor que Luzbel te juzgo!  
Pues si él pudiera, sin duda  
fuera su arrepentimiento  
tan grande como su culpa,  
y tú, pudiendo, no quieres.

LUDOVICO:  
Pues esta vez, aunque huyas  
te he de matar.

LUZBEL:  
No te acerques  
porque haré que se reduzca  
tu forma a menos que a tierra;  
que aun eso no has de ser nunca.

LUDOVICO:  
¡Hola, Alberto, Celio! Este hombre  
me atemoriza y asusta.

Salen ALBERTO, CELIO, OCTAVIA y JUANA

CELIO:  
Señor, ¿qué mandas?

OCTAVIA:  
¿Qué es esto?

ALBERTO:  
¿Por qué das voces?

JUANA:  
Sin duda  
que ha sido el fraile la causa.

LUDOVICO:  
¡Que en mi casa no se cumpla  
lo que mando! ¿No os he dicho  
que no dejéis entrar nunca  
a este fraile?

CELIO:  
Por la puerta  
no ha entrado.

ALBERTO:  
Es cierto.

JUANA:  
Sin duda  
que es santo.

OCTAVIA:  
Padre, por Dios,  
que excuse una desventura.

LUZBEL:  
A estorbar la vuestra vine.

OCTAVIA:  
¿La mía?

LUZBEL:  
Sí.

OCTAVIA:  
Fuera injusta.

LUZBEL:  
Ya sé que está inocente  
mas los indicios os culpan.

OCTAVIA:  
Pues, ¿qué haré?

LUZBEL:

Yo nada os puedo  
aconsejar; que la fuga  
es confesaros culpada.

OCTAVIA:

Yo espero en la siempre pura  
madre de Dios que me ampare.

LUDOVICO:

Hombre, vete y no presumas  
que mi firme intento muden  
tus palabras importunas;  
que aunque fueran mis riquezas  
las de Crespo y Midas juntas,  
no hallarás en mí limosna.

LUZBEL:

No hemos menester la tuya.  
Tú necesitas de darla  
que a mis frailes sobran muchas  
pues que con ellas sustentan  
trescientos pobres en Luca.  
Ya te dejo; pero mira  
no añadas culpas a culpas;  
que está inocente quien piensas  
que tu deshonor procura.  
(¡Que mi soberbia impaciente   Aparte  
en tan infame coyunda  
oprima el Criador Eterno!  
¡Oh nunca, Francisco, oh nunca  
a humildad tan poderosa  
se opusieran mis astucias!)

Vase

LUDOVICO:

(Éste sabe ya mi afrenta.   Aparte  
En la quinta, más oculta  
podrá estar su muerte en tanto  
que pueda salir de Luca  
poniendo en salva mi hacienda.)

[Hablan aparte las dos]

JUANA:

Lo mejor será que huyas.

OCTAVIA:

¿Eso dices, necia?

LUDOVICO:

Octavia,  
este fraile me disgusta  
tanto que por unos días,  
por ver si en ella me busca,  
nos hemos de ir a la quinta.  
¿Qué dices?

OCTAVIA:

¿Eso preguntas?  
¿Qué puedo decir si sabes  
que mi voluntad es tuya?

LUDOVICO:

Celio, haz poner la carroza.  
Tú, Alberto, para que suplas  
en los negocios mi ausencia,  
te quedarás.

ALBERTO:

Pues tú gustas,  
yo lo haré.

LUDOVICO:

Vamos, Octavia.

[Hablan aparte las dos]

JUANA:

Mira que éste disimula  
su enojo para matarte.

OCTAVIA:

Mi inocencia me asegura.

LUDOVICO:

(Primero verás, infame,      Aparte  
tu castigo que mi injuria.)

Vanse. Sale fray ANTOLÍN

ANTOLÍN:

El jumentillo mi maña  
envió con el donado  
y salga desafiado  
de mi hambre a la campaña.

Y esta vez la he de matar  
sin que la persecución  
de aqueste fraile Nerón  
de mí la pueda librar.

Cuanto yo escondo me quita,  
porque otro no puede ser,  
sin que me pueda valer  
la parte más exquisita.

Ningún regalo consigo  
que en manos tuyas no caiga  
y me ha obligado a que traiga  
todos mis bienes conmigo.

Las mangas traigo rellenas.  
El peso, con la costumbre,  
no me dará pesadumbre  
y servirán de alacenas.

Mucho es que este fray Forzado  
con tal trabajo no enferme;  
porque ni come ni duerme  
que es espíritu he pensado.

Porque lo que más asombra,  
yendo juntos por la calle,  
es cuando vuelvo a miralle  
que su cuerpo no hace sombra.

Otro convento fundando  
está ya, con prisa tanta,  
que todo el lugar se espanta;  
pero siempre regañando.

Dentro del pecho presumo  
que toma tabaco de hoja  
porque el aliento que arroja  
por las narices es humo.

Él me ha dado en perseguir  
y en no dejarme comer;  
mas hoy no le ha de valer  
porque él ha de presumir  
que ya estoy en el convento  
y merendaré seguro.

Ya estoy muy lejos del muro;  
en este altillo me siento,

que todo lo señorea  
porque si alguno pasare,  
primero que en mí repare,  
es fuerza que yo le vea.  
Polla, empanada y pernil  
traigo; que es bueno imagino  
el pan, mas lo que es el vino  
puede arder en un candil.  
A Heliogábalo me igualo  
y nunca el comer condeno  
si lo que se come es bueno  
porque todo es de regalo.  
Yo, en fin, no tengo otro gozo;  
mi estómago es un abismo  
y cuanto como es lo mismo  
que si cayera en un pozo.  
No ha de estar de manifiesto  
todo; conforme comiere  
saldrá, porque si viniere  
alguno, lo esconda presto.  
Salga el pernil.

Sale LUZBEL

LUZBEL:  
¡Qué crüel,  
Señor, os mostráis conmigo!  
¿Yo amigo de mi enemigo?  
¿Sirviendo al hombre Luzbel?  
¡Oh, pese a la pena mía!  
¿De Francisco sustituto  
es, oh Poder Absoluto,  
quien quiso dar luz al día?  
¡Basta tan fiero tormento!  
Y cuanto me habéis mandado,  
Señor, está ejecutado;  
que de este rico avariento  
la posterva obstinación  
sólo la podrá vencer  
vuestro absoluto poder.  
A estorbar la ejecución  
de dar muerte a su mujer  
voy. (Ya el lego se ha sentado  
a comer lo que ha ocultado  
de mí; mas no ha de comer  
nada de lo que ha traído.

De esta suerte haré que crea  
que no le he visto y me vea.)

ANTOLÍN:

¡Pardiez, que no le ha valido  
a fray... ¡Válgame San Pablo!  
¿Cómo este fraile llega  
tan cerca sin verle yo?  
Santo es...mas no es sino diablo.

No me ha visto.

Guarda lo que estaba comiendo

LUZBEL:

(Ya guardó Aparte  
lo que a comer empezaba.)

ANTOLÍN:

Pues que no puedo escaparme.  
Preciso es llegar. Deo gratias.

LUZBEL:

¿Fray Antolín?

ANTOLÍN:

Padre mío,  
¿dónde va?

LUZBEL:

Voy a la granja  
o quinta de Ludovico  
a impedir una desgracia;  
mas él, ¿a qué vino al campo?

ANTOLÍN:

Es que el médico me manda  
que ande todo lo que pueda  
y sea por tierra llana  
porque tengo humores gruesos.

LUZBEL:

Si en el comer se templara  
los humores consumiera.  
Seis frailes se sustentaran  
con lo que el padre Antolín

come.

ANTOLÍN:

No tengo otra falta.

LUZBEL:

De esa se originan muchas  
porque la regla relaja  
de su padre San Francisco.  
Y la devoción estraga  
también de sus bienhechores,  
viéndolo por las mañanas  
y aun por las tardes tomar  
chocolate en veinte casas.

ANTOLÍN:

Padre, lo que me dan tomo  
y esto mi regla lo manda.

LUZBEL:

Mas esto se entiende cuando  
con necesidad se halla.

ANTOLÍN:

Muchas veces he querido  
vencer de mi hambre el ansia;  
mas no he podido, que luego,  
con los regalos que sacan,  
me engaña el demonio.

LUZBEL:

¡Miente!  
Su flaqueza es quien le engaña.  
¿Hale propuesto el demonio  
alguna vez, entre tantas,  
que la gula no es pecado?

ANTOLÍN:

No, pero gula se llama  
comer sin gana, y a mí  
jamás me faltó la gana.

LUZBEL:

Su hambre y la sed que tienen  
los hidrópicos son falsas.

ANTOLÍN:

No tal; que cuanto yo como  
es salida por entrada.

LUZBEL:

¿No come en refectorio  
de pan como de vianda  
la ración suya y la mía?

ANTOLÍN:

Sí, padre.

LUZBEL:

Pues, ¿no le bastan?

ANTOLÍN:

Dos raciones son, hermano,  
para mí dos avellanas.

LUZBEL:

Que no reviente me admira.

ANTOLÍN:

Gracia ha tenido.

LUZBEL:

Se engaña;  
que, a tener gracia, no hubiera  
perdido, hermano, mi patria.

ANTOLÍN:

¿Su patria perdió por eso?

LUZBEL:

Sí, porque perdí la gracia  
de mi rey y fue preciso,  
aunque a mi pesar, dejarla.

ANTOLÍN:

¿Qué reino es ese?

LUZBEL:

Está en clima  
tan remoto que argonauta  
ninguno le ha descubierto,  
y será noticia vana.

ANTOLÍN:

Pues, si no le han descubierto,  
¿quién le trajo al padre?

LUZBEL:

¿Cuántas  
veces he dicho a los padres  
que Dios?

ANTOLÍN:

La boca me tapa.  
Allí vienen unos pobres.

LUZBEL:

¡Ah, hermanos!

ANTOLÍN:

¿Por qué los llama?  
Déjelos; que andan buscando  
sitio para su matanza.

LUZBEL:

Lleguen, hermanos.

ANTOLÍN:

Si aquí  
no podemos darles nada,  
¿qué los quiere?

LUZBEL:

Si tuviere  
necesidad, no faltara.

Salen tres POBRES

POBRE 1:

Nuestro santo limosnero  
es.

POBRE 2:

Padre mío.

POBRE 3:

Bien haya  
quien por nuestro bien le trajo

a Luca.

LUZBEL:  
(Y por mi desgracia.) Aparte  
¿Comieron en el convento?

POBRE 1:  
Llegamos tarde.

ANTOLÍN:  
Eso es trampa;  
que a los tres, y yo presente,  
les dieron hoy su pitanza.

POBRE 1:  
Pero tengo seis chiquillos  
y a mi mujer en la cama.

ANTOLÍN:  
Si de esa suerte procrea,  
¿quién a sustentarlos basta?

POBRE 2:  
Pues yo tengo nueve, y nunca  
sale mi mujer de casa  
porque es manca y es tullida.

ANTOLÍN:  
Nueve ha parido, ¿y es manca?  
Váyanse con sus mujeres  
a una isla despoblada;  
que en poco tiempo pondrán  
un ejército en campaña.

POBRE 3:  
Yo no tengo hijo ninguno;  
mas tengo un padre que pasa  
de noventa años.

ANTOLÍN:  
En vano  
refieren aquí sus plagas;  
vayan después al convento.

LUZBEL:  
Mucho siento que no traiga,

hermano, algún regalillo  
para la que está en la cama  
enferma. Mírelo bien,

ANTOLÍN:  
¿Qué he de mirar? ¿Es matraca?

LUZBEL:  
Pues yo los llamé y es fuerza  
que lleven algo...

ANTOLÍN:  
Pues haga  
que una docena de cuervos  
en los picos se lo traigan;  
que aquí no hay otro remedio.

LUZBEL:  
Sí habrá. Tengo confianza  
y a sus mangas eche, hermano,  
la bendición.

ANTOLÍN:  
(No hay humanas    Aparte  
diligencias contra este hombre.  
Él me vio comer.)

LUZBEL:  
¿Qué aguarda?

ANTOLÍN:  
Mejor será que eche el padre  
la bendición a sus mangas  
y deje las manganetas.

LUZBEL:  
No me replique palabra,  
porque haré...

ANTOLÍN:  
Ya le obedezco;  
pero de tan mala gana  
que no será de provecho.

LUZBEL:  
La bendición ya está echada.

Mire ahora lo que el cielo  
envía.

ANTOLÍN:

No envía nada.

Güero salió este milagro.

LUZBEL:

No gaste conmigo chanzas.

Saque de la manga izquierda

medio pernil, que ése basta

para ese pobre y su padre.

ANTOLÍN:

Aquí no hay remedio.

POBRE 2:

[Extraña]

maravilla!

POBRE 3:

Sí, por cierto.

LUZBEL:

Cocido está.

POBRE 1:

¡Cosa rara!

ANTOLÍN:

(Y aun digerido estuviera   Aparte

si un instante se tardara

el padre.)

LUZBEL:

Déle a ese pobre.

ANTOLÍN:

Mejor es que le reparta

entre los tres.

LUZBEL:

No le pido

consejo. Déle a Dios gracias,

y tenga fe.

ANTOLÍN:  
(Los milagros Aparte  
como éste se obran con mala.)

LUZBEL:  
Désele, pues.

POBRE 2:  
Venga.

ANTOLÍN:  
Tome.  
(Y mal provecho te haga.) Aparte

LUZBEL:  
Para este pobre que tiene  
a su mujer en la cama,  
saque una polla.

ANTOLÍN:  
Si hay polla  
que quede repuesta basta.

LUZBEL:  
Ya le he dicho...

ANTOLÍN:  
No se enoje.  
(¡Los diablos lleven tu alma!) Aparte  
Aquí está ya. Tome.

POBRE 1:  
Y viene  
cocida y salpimentada.

ANTOLÍN:  
(La salpimenta se vuelva Aparte  
solimán.)

LUZBEL:  
Una empanada  
que tiene dentro un gazapo  
y está en la derecha manga,  
saque al momento.

ANTOLÍN:

Laus Deo.  
Tome.

POBRE 3:  
Quien con Dios alcanza  
tanto, eternamente viva.

LUZBEL:  
(Ésa es mi mayor desgracia.) Aparte  
Saque un pan.

POBRE 1:  
Un pan es poco.

ANTOLÍN:  
No hay más.

POBRE 1:  
Habrá sido mala  
la cosecha, pues no envían  
más de un pan.

POBRE 2:  
Pan no nos falta.

POBRE 3:  
Mucho nos dan, porque este año  
le abarató la abundancia.

ANTOLÍN:  
Pues tierras hay que, aunque fuera  
un pan cada gota de agua,  
lloviendo a pedir de boca  
el pan no se abaratará.

POBRE 1:  
Padre, ¿habrá un trago de vino?

ANTOLÍN:  
¿Vino también? ¡Calabaza!

LUZBEL:  
Pues saque una.

ANTOLÍN:  
Padre mío,

advierta que es cargo de alma.  
Déjele para las misas;  
que es vino del cielo.

LUZBEL:  
En casa  
tienen de ese propio vino.  
¿Qué espera? La calabaza  
les dé.

ANTOLÍN:  
Tomen; que mejor  
les diera calabazadas.

LUZBEL:  
Ya se pueden ir.

POBRE 2:  
Primero  
nos deje besar sus plantas.

LUZBEL:  
Apártense allá.

POBRE 3:  
No quiere  
que le agradezcamos nada.

LUZBEL:  
Váyanse.

POBRE 2:  
Adiós, padre mío,  
(¡No vi aspereza tan santa!)

Vanse [los POBRES]

LUZBEL:  
Diga, ¿parécelo justo  
hacer despensas las mangas  
de un hábito tan sagrado?

ANTOLÍN:  
Padre...

LUZBEL:

No me diga nada.

ANTOLÍN:

Por amor de Dios le pido  
que de esto se sepa nada  
ningún religioso, y déme  
su caridad mil patadas.

LUZBEL:

No lo sabrán, pero haré,  
si de enmendarse no trata,  
que el padre Guardián le envíe  
sin el hábito a su casa  
o choza, donde comía  
después de estar con la azada  
trabajando todo el día,  
unos tasajos de cabra.  
En el refectorio coma  
cuanto le pidiera el ansia  
de su vil naturaleza;  
que hasta que la satisfaga  
le traerán lo que pidiera;  
mas no ha de tomar ni aun agua  
en otra parte. Y advierta  
que no se me esconde nada.

ANTOLÍN:

Digo, padre fray Forzado,  
que haré todo lo que manda.

LUZBEL:

Ya va llegando a la quinta  
Ludovico con Octavia.

ANTOLÍN:

¿Desde aquí los ve?

LUZBEL:

Mi vista  
mucho más lejos alcanza.  
Camine, Antolín, que allá  
le aguardo.

ANTOLÍN:

¿Que allá me aguarda?  
Pues, ¿no iremos juntos?

LUZBEL:

No;

que cuando del coche salgan  
es fuerza hallarme presente.

ANTOLÍN:

Pues si hay una legua larga,  
¿cómo ha de llegar a tiempo?

LUZBEL:

A mí un instante me basta.

Vase

ANTOLÍN:

¡Jesús mil veces! El viento  
le llevó. Ya no me espanta;  
que, sin haberle yo visto,  
tan cerca de mí llegara  
ni que por extenso viera  
cuanto traía en las mangas;  
mas pasarme todo un día  
comiendo una vez es chanza  
y, supuesto que no hay parte  
de su vista reservada,  
como me lo fueren dando  
lo esconderé en mis entrañas.

Vase. Salen FELICIANO y CELIO

CELIO:

Si dices que te ha avisado  
Juana de que receloso  
está ese hombre, ¿no es forzoso  
creer lo que ha recelado  
si en su quinta estás primero  
que él llegue?

FELICIANO:

O es cierto o no  
lo que Juana me avisó.  
Si es cierto, por caballero,  
por primo suyo y amante  
a Octavia debo librar.

CELIO:

¿Y quién te ha de asegurar  
de si es cierto?

FELICIANO:

Su semblante;  
que si es cierto que ha sabido  
con verdad lo que ha pasado,  
yo soy el que le ha agraviado;  
que Octavia no le ha ofendido.  
Y viéndome solo aquí,  
puesto que tiene valor,  
o yo lograré mi amor  
o él se vengará de mí.  
Con los caballos espera,  
de esos robles encubierto.

CELIO:

¿Por qué, si quedó Roberto  
con ellos?

FELICIANO:

Porque pudiera,  
si estamos dos, encubrir  
su intención, si es que la tiene;  
mas ya la carroza viene.  
Sin duda quieren salir  
de ella porque se ha parado.  
Vete.

CELIO:

Acechando estaré  
y si importase, saldré;  
pero ten mucho cuidado  
que es fiero.

FELICIANO:

Él lo da a entender;  
pero de esto mismo infiero  
lo contrario; que no es fiero  
quien lo quiere parecer;  
mas ganaré por la mano  
si al verme muda el color.

CELIO:

El plomo lo hará mejor.

Sale LUZBEL

LUZBEL:

¿Adónde vais, Feliciano?

FELICIANO:

Padre...

CELIO:

¿Por dónde ha venido  
el santo?

FELICIANO:

(Admirado estoy    Aparte  
y turbado.) Padre, voy...

LUZBEL:

Ya sé lo que os ha traído.  
Y no es justo que me espante  
querer en esta ocasión  
cumplir con la obligación  
de caballero y amante;  
pero no paséis de aquí.  
Volveos por la arboleda  
sin que Ludovico pueda  
veros, y dejadme a mí;  
que vos podréis en rigor,  
si os ayudare la suerte  
de Octavia excusar la muerte,  
mas no quitándola el honor;  
pues quien aquí me ha enviado,  
vida y honor le dará  
y a su esposo templará.  
Bien podéis ir confiado.

FELICIANO:

Advierta su caridad  
que este hombre le ha de perder  
el respeto, y puede ser  
que le arroje su maldad  
a otro mayor desvarío.

LUZBEL:

Trayendo yo, Feliciano,  
orden de Dios, no hay humano

poder que resista el mío.

CELIO:

Presto; que el coche han dejado.

FELICIANO:

Ya le obedezco gustoso,  
varón santo.

CELIO:

¡Prodigioso!  
En fin, de Dios enviado.

Vanse

LUDOVICO:

Señor, si por tantos modos  
podéis vos librar del riesgo  
a esta mujer, y también  
reducir a ese protervo,  
rebelde, avariento monstruo  
sólo con el querer vuestro,  
pues redujo la codicia  
del publicano Mateo,  
¿por qué a mí me lo mandáis  
sabiendo vos que no puedo?  
Pero ya los dos se acercan  
y Octavia, aunque con recelo,  
viene animosa, fiada  
del justo devoto afecto  
que a la siempre virgen pura  
tiene. Que la ampare creo;  
que inocencia y fe aseguran  
que es ya divino el empleo.  
Mas ya llegan.

Salen LUDOVICO y OCTAVIA

OCTAVIA:

¿Para qué,  
cuando tan cerca tenemos  
la quinta, el coche dejamos?

LUDOVICO:

Pero eso mismo le dejo.

LUZBEL:

(Por causarle más espanto      Aparte  
hasta que quiera su intento  
ejecutar, no ha de verme,  
y entonces me pondré en medio.)

LUDOVICO:

Que sólo te traje, Octavia  
para dejar satisfecho  
mi agravio en tu infame vida.

OCTAVIA:

Tú te agravias en creerlo,  
porque yo no te he ofendido  
ni aun con solo el pensamiento;  
que si le hubiera tenido,  
bastante lugar y tiempo  
tuve de ponerme en salvo;  
pues de tu falso recelo  
me envió el cielo el aviso  
con el padre limosnero  
de San Francisco.

LUDOVICO:

Pues ya  
ni ese mágico ni el cielo  
de mí han de poder librarte.

OCTAVIA:

Escucha.

LUZBEL:

Tente, blasfemo;  
que si permisión tuviera  
de quien por fuerza obedezco,  
yo solo te convirtiera  
en cenizas con mi aliento.

LUDOVICO:

Tus descompuestas palabras  
confirman que tus portentos  
son en virtud del demonio;  
pero lograré mi intento,  
a tu pesar, con su muerte.

LUZBEL:      La tuya verás muy presto  
si no le pides perdón

a Dios, y repartes luego  
en los pobres tus tesoros,  
pues tienen más parte en ellos  
que tú.

LUDOVICO:

¡De cólera rabio!  
Encantador, embustero,  
¿dónde te escondes?

OCTAVIA:

¡Señora,  
pues vos sabéis que no tengo  
culpa, libradme de este hombre!

LUZBEL:

Advierte, pecador ciego  
que está tu fin muy cercano.

LUDOVICO:

Sombra o fantástico cuerpo,  
si amenazas, ¿por qué huyes?  
Mas vengaré por lo menos  
en esta mujer mi agravio.

[Le mata a OCTAVIA con su espada]

LUZBEL:

Detente.

OCTAVIA:

Sin culpa muero.  
¡Virgen, dadme vuestro amparo!

Cae como muerta

LUDOVICO:

¡Muere, infame!

Vase

LUZBEL:

Pues, Eterno  
Señor, ¿cómo me impedís  
que con impulso violento  
guarde de Octavia la vida,

pues de otra suerte no puedo?  
Ya dejándola por muerta,  
vuelve a la carroza el fiero  
homicida.

Sale fray ANTOLÍN

ANTOLÍN:  
Padre mío,  
¿qué ha sucedido, que huyendo  
va Ludovico?

LUZBEL:  
Su vista  
le informará del suceso.  
¿No ve a Octavia en ese campo?

ANTOLÍN:  
¡Jesús! Pues, ¿no llegó a tiempo  
de impedirlo?

LUZBEL:  
A tiempo vine,  
mas sin duda fue decreto  
soberano.

ANTOLÍN:  
¿No la absuelve?

LUZBEL:  
Ya expiró; pero ¿qué es esto?

ANTOLÍN:  
¿De qué se ha quedado absorto?

LUZBEL:  
Confuso estoy.

ANTOLÍN:  
Vamos presto,  
y llevémosla a la quinta.

LUZBEL:  
(Algunos de sus portentos      Aparte  
quiere obrar Dios con Octavia.)

ANTOLÍN:

¿A qué aguarda? Vamos presto.

LUZBEL:

Que ni al infierno ha bajado  
el alma, ni subió al cielo,  
ni ha entrado en el purgatorio,  
y naturalmente ha muerto.

ANTOLÍN:

Pues hace tantos prodigios  
por cosas que importan menos,  
a esta dama resucite,  
pues a sus ojos la han muerto;  
que es milagro obligatorio.  
(Ahora sabré de cierto      Aparte  
si éste es santo o es demonio;  
mas orando está.)

Baja en la tramoya que mejor parezca, una niña  
que haga la Virgen, acompañada de ángeles  
y llega hasta OCTAVIA y tócala con las manos

LUZBEL:

(Ya veo      Aparte  
de mi duda el desengaño;  
que, haciendo la tierra cielo,  
cercada de querubines,  
baja la madre del Verbo,  
la ocasión de mi delito,  
la causa de mi destierro.  
¿Que sola una devoción  
que os tiene--¡de mí blasfemo!--  
a tanto extremo os obligue?  
Pues, ¿quién no es devoto vuestro  
de cuantos a Dios conocen  
si no es yo, porque no puedo?)

ANTOLÍN:

(Con Dios, sin duda, está hablando;      Aparte  
que hace visaje y gestos  
como suelen las beatas.)

LUZBEL:

(¡Oh, reniego de mí mismo!      Aparte

Póstrase

Postraréme a pesar mío  
pues a la opresión que tengo  
me añade el Criador que sea  
testigo de mi tormento.)

ANTOLÍN:

Padre, padre, ¿con quién habla?  
¡Jesús mil veces! El fuego  
que arroja me ha chamuscado.  
Si acaso no es diablo, es cierto  
que es alma del purgatorio.

LUZBEL:

(Ya llega al cadáver yerto.  
Ya con sus divinas manos  
la toca, y a un mismo tiempo  
el alma a su mortal cárcel  
vuelve, y el vital aliento.  
Ya vuelve a ocupar su trono  
y ya su guardia, tendiendo  
las cuchillas de las alas,

(Tocan, y vuelve a subir en la misma tramoya)

cortan con su Reina el viento.)  
Levante del suelo a Octavia,  
hermano.

ANTOLÍN:

Solo no puedo;  
que pesa mucho un difunto.

LUZBEL:

Viva está.

ANTOLÍN:

Como mi abuelo.

LUZBEL:

Haga lo que le digo  
sin replicar.

ANTOLÍN:

Mas, ¿qué veo?

¡Voto a tal, que se revuelve!

Salen FELICIANO y CELIO

FELICIANO:

Si tú le viste corriendo  
y solo, muerta es Octavia;  
pero aunque la oculte el centro  
de la tierra...

LUZBEL:

Feliciano,  
reportaos.

FELICIANO:

De vos me quejo  
más que del vil Ludovico.

OCTAVIA:

¡Qué soberano consuelo!  
Mas, ¿qué es lo que estoy mirando?

ANTOLÍN:

Pues aquí no hay embeleco  
santo es a macha-martillo.

FELICIANO:

¿Octavia mía?

LUZBEL:

Teneos,  
Feliciano.

OCTAVIA:

Padre mío,  
déjeme que bese el suelo  
que pisa.

LUZBEL:

Apartad, señora;  
que la que es Reina del Cielo  
os dio la vida.

OCTAVIA:

Y también  
su intercesión.

LUZBEL:

(Esto siento      Aparte  
más que todas mis desdichas.)

OCTAVIA:

Que salgáis de Luca os ruego,  
Feliciano.

FELICIANO:

Y aun de Italia  
toda salir os prometo  
si os volvéis con vuestro padre.

LUZBEL:

Hay mucho que hacer primero  
que de su ausencia se trate;  
quede este caso secreto  
por dos días, que conviene.  
Vos, Feliciano, volveos  
a la ciudad; que yo a Octavia  
pondré donde esté sin riesgo.

FELICIANO:

Preciso es que obedezca;  
pero, ¿no sabré primero  
lo que ha pasado?

LUZBEL:

Mañana  
que lo sepáis os prometo.  
Idos y llevad sabido  
que ha importado este suceso  
mucho a vuestro amor.

FELICIANO:

Alegre  
con esta esperanza vuelvo.

Vase

LUZBEL:

Venid conmigo, señora;  
que esta noche por lo menos  
en casa de una devota  
nuestra quedaréis; que luego

dispondrá lo que gustare.

OCTAVIA:

Yo, padre mío, no tengo  
que disponer; mi albedrío  
a la elección suya dejo.

LUZBEL:

Vamos; que por el camino  
sabrás quién del suyo es dueño.

OCTAVIA:

Vamos.

Vase

LUZBEL:

Antolín, camine.

ANTOLÍN:

Padre, de hambre no veo;  
por pan me llevo a la quinta.

LUZBEL:

Camine; que en el convento  
comerá.

ANTOLÍN:

Padre, una legua  
es para mí mucho trecho  
y el estómago se afila.

LUZBEL:

Pues para que coma luego,  
yo haré que solo de un salto  
a la puerta del convento  
se ponga.

ANTOLÍN:

Téngase, padre.

LUZBEL:

Mire si quiere...

ANTOLÍN:

No quiero.

Ya se me quitó la hambre.

LUZBEL:

Pues ande, y tenga por cierto  
que es mi poder más que humano.

ANTOLÍN:

Pues, ¿por qué me advierte de esto?

LUZBEL:

Porque me ha de hallar muy cerca  
cuando me juzgue muy lejos.  
Camine.

ANTOLÍN:

Vuelvo a mi duda,  
porque no hay santo soberbio.

Vanse

### JORNADA TERCERA

Salen OCTAVIA y JUANA

JUANA:

Admirada estoy, señora,  
de tu suceso.

OCTAVIA:

Mi muerte,  
como te he dicho, fue un sueño  
tan gustoso que no puede,  
Juana, explicarte mi lengua  
tal gloria, siendo tan breve;  
pero el santo limosnero,  
que a todo se halló presente  
por inspiración divina,  
me informó de que la siempre  
virgen y madre, cercada  
de paraninfos celestes,  
en mi cuerpo, ya cadáver  
vio clara y distintamente  
poner sus sagradas manos.

Sale FELICIANO

FELICIANO:

Y a mí de la misma suerte  
me lo ha dicho.

OCTAVIA:

Pues, ¿qué es esto?  
¿Cómo a entrar aquí te atreves?

FELICIANO:

¿Cómo? El dueño de esta casa  
me dio licencia de verte  
por tu deudo.

OCTAVIA:

Mas no sabe  
que tú, Feliciano, eres  
quien me has puesto en el estado  
que estoy, y si no te vuelves,  
dejaré luego esta casa.

FELICIANO:

Ya cesó el inconveniente  
que tuvo el poder hablarte  
puesto que esposo no tienes.

OCTAVIA:

Aunque el padre fray Forzado  
me asegura que la muerte  
dirimió ya el casamiento,  
y a dejarme se prefiere  
libre sin estorbo alguno,  
no quiero yo que lo intente;  
que, aunque tanto le aborrezco,  
como satisfecho quede  
de mi inocencia y su engaño  
Ludovico, he de volverme  
con él a vivir muriendo.

FELICIANO:

¿Qué es volver?

JUANA:

¡Jesús mil veces!

Pues, ¿con hombre tan sin alma,  
y tan sin Dios que no tiene  
seña alguna de cristiano,  
volverte, señora, quieres?

OCTAVIA:

Esto es forzoso. Ya voy.

FELICIANO:

Primero que tú lo intentes,  
le he de quemar en su casa.

JUANA:

Bien pudiera, por hereje.

FELICIANO:

Con un hombre que la vida  
te quitó sin ofenderte;  
¡vive Dios...!

OCTAVIA:

Indicios tuvo  
para juzgar evidente  
su agravio; mas suponiendo  
que ya con él no volviese,  
nada conseguir pudieras  
con eso, porque aunque quede  
de mi voluntad el dueño  
y casarme resolviese  
contigo, ya no es posible.

FELICIANO:

Pues, ¿quién impedirlo puede?

OCTAVIA:

Tú, pues ocasión has dado  
de que con razón sospeche  
toda la ciudad que tuvo  
causa para darme muerte  
mi esposo, puesto que es fuerza  
que yo en el pleito confiase  
toda la verdad del caso,  
y que, aunque estoy inocente,  
pudo juzgarme culpada  
Ludovico, sin que fuese  
temeridad el creerlo.

FELICIANO:

¿Y cómo desmentir quieres  
esa sospecha?

OCTAVIA:

Con solo  
no ser tuya se desmiente.

JUANA:

Señora, una vez creído  
maldito el remedio tiene.

OCTAVIA:

Sí, tendrá.

FELICIANO:

Cualquiera es vano,  
porque, si preciso fuese,  
bien sabes que, si rompiste  
un papel, me quedan veinte  
y que están todos firmados.

OCTAVIA:

Y cuando no lo estuviesen,  
no los negara; mas ya  
de nada servirte puede  
presentarlos, pues es cierto  
que todos esos papeles  
proscribieron desde el día  
que, hallándote tú presente,  
mi infelice casamiento  
consentiste, pues no tienes  
que alegar causa ninguna  
que impedirte lo pudiese.

FELICIANO:

Causa tuve, y la más justa.

OCTAVIA:

Cuando infinitas tuvieses,  
no te valiera ninguna  
ya en el estado presente  
porque, cuando el juez el pleito  
en favor tuyo sentencie,  
apelaré a un monasterio

porque satisfecho quede  
Ludovico de que nunca  
tuve intención de ofenderle.

FELICIANO:  
Oye, espera.

OCTAVIA:  
No me obligues  
a que dé voces; que el verte  
me causa horror.

JUANA:  
Es mentira.

FELICIANO:  
No dudo que me aborreces.

OCTAVIA:  
Necio fueras en dudarlo,  
pues tantas causas me mueven.

FELICIANO:  
Escucha.

OCTAVIA:  
Suelta.

Sale TEODORA

TEODORA:  
¿Qué es esto?

OCTAVIA:  
No es nada; pero no dejes  
entrar aquí a Feliciano.

TEODORA:  
¿Por qué, siendo tu pariente  
y a quien le toca tu amparo?

OCTAVIA:  
Ni de él puedo yo valerme,  
ni quiero.

TEODORA:

Pues, ¿de quién pudo  
saber en tiempo tan breve  
mi casa y que en ella estabas?  
Que yo juzgué que viniese  
llamado de ti por Juana.

Sale fray ANTOLÍN, alborotado

ANTOLÍN:  
Mucho ha sido defenderme  
de tantos.

JUANA:  
¿Qué es eso, padre  
fray Antolín?

TEODORA:  
¿De qué viene  
tan alborotado?

ANTOLÍN:  
Hermana,  
ha dado en pensar la gente  
que soy santo desde el punto  
que fray Forzado, mi jefe,  
hizo un milagro a mi costa,  
y he menester esconderme  
por unos días. Ahora,  
cogiéndome de repente  
con cuchillos y tijeras  
me embistieron más de veinte.  
El hábito me quisieron  
cortar, y por defenderle,  
en muslos, piernas y brazos  
he sacado seis piquetes  
de la refriega.

FELICIANO:  
Pues, ¿cómo  
con prodigios tan patentes,  
no se le llegan al padre  
fray Forzado?

ANTOLÍN:  
No se atreven  
porque los atemoriza

con la vista solamente,  
tanto que todos se apartan.  
No ha habido santo como éste.  
Sólo porque no le toquen,  
no permite que le besen  
la manga; pero yo creo  
que el hábito es aparente  
y aun el cuerpo.

OCTAVIA:  
¿Y hoy le ha visto?

ANTOLÍN:  
No quisiera que él me viese.

FELICIANO:  
Él fue, Octavia, quien me dijo  
adonde estabas.

OCTAVIA:  
No puede  
fray Forzado haberte dicho  
que es justo hablarme ni verme;  
que haberte dicho la casa  
sería porque supieses,  
como tu intención ignora,  
que estoy en parte decente,  
no para que en ella entraras.

FELICIANO:  
Confieso que razón tienes;  
pero ya entré y has de oírme.

JUANA:  
Poco en escucharle pierdes.

OCTAVIA:  
Di; pero en vano te cansas.

Hablan los dos [aparte]

JUANA:  
No digas lo que no sientes.

TEODORA:  
Y el padre fray Antolín,

de nuestro santo, ¿qué siente?

ANTOLÍN:

Que me tasa la comida,  
que aunque, sin otro relieves,  
mi ración como y la suya,  
porque él ni come ni bebe,  
me quedo como en ayunas;  
que mi estómago no enciende  
lumbre para dos raciones;  
y cierto que es cosa fuerte  
quitarle a un hombre el sustento.  
Y no debo obedecerle  
contra el natural derecho  
porque yo corporalmente  
por veinte frailes trabajo  
y es fuerza comer por veinte.

TEODORA:

Pues un pollo le he guardado  
grandecito, con que almuerce,  
salpimentado, y un bollo  
que yo amasé con aceite,  
como de libra, y también  
media azumbre de clarete.

ANTOLÍN:

Yo necesidad tenía  
y bien grande ciertamente;  
pero este santo es demonio.

TEODORA:

Pues aquí no hay que temerle;  
que yo cerraré la puerta.

ANTOLÍN:

Aunque la calafatee,  
no estoy seguro de este hombre;  
mas los vahidos me tienen  
sin vista; tráigalo, hermana,  
y venga lo que viniere.

Vase TEODORA

Que un pollo con un bollito  
de una libra no me puede

dañar, y es parva materia.  
Lejos quedó. Cuando llegue,  
ya me habré desayunado.

OCTAVIA:  
Un imposible pretendes.

FELICIANO:  
Ésa es venganza.

OCTAVIA:  
Te engañas.

Salen TEODORA y LUZBEL[.  
Cada uno por su puerta]

TEODORA:  
Aquí está tome.

LUZBEL:  
(No puede      Aparte  
este lego reprimirse;  
pero yo haré que escarmiente.)

ANTOLÍN:  
Ya era mancebito el pollo  
en verdad.

TEODORA:  
De cuatro meses;  
para gallo lo guardaba.

ANTOLÍN:  
Pues si gallinas no tiene  
¿para qué gallo quería?

TEODORA:  
Para que en casa le hubiese.

ANTOLÍN:  
Críe gallinas; que gallo  
no le faltará, si quiere.

TEODORA:  
Deje las chanzas, y come  
por si acaso...

ANTOLÍN:  
Yo soy breve.  
En cuatro o cinco bocado  
despacharé.

LUZBEL:  
(Si pudieras.)      Aparte

Áselo de los gatzates

ANTOLÍN:  
¡Que me ahogo, que me ahogo!

TEODORA:  
¿Qué es eso, hermano?

FELICIANO:  
¿Qué tiene  
fray Antolín?

OCTAVIA:  
¿Qué le ha dado?

ANTOLÍN:  
¡Que me mata! ¡Suelte, suelte!

FELICIANO:  
¿Quién le ha de soltar?

LUZBEL:  
Deo gratias.  
¿Qué es esto?

TEODORA:  
A buen tiempo viene  
su caridad porque al padre  
le ha dado un mal de repente.

LUZBEL:  
Apártense; que no es nada.

ANTOLÍN:  
(¡Qué disimulado viene!      Aparte  
¿Éste es santo? Lleve el diablo  
el alma que lo creyere.)

LUZBEL:  
¿Qué ha sido?

ANTOLÍN:  
Buena pregunta;  
que con dos hierros ardientes  
me apretaron los gaxnates.

LUZBEL:  
Pues yo presumí que fuese,  
padre, alguna apoplejía;  
mas para después se quede.  
Señor Feliciano, ¿vos,  
en esta casa?

OCTAVIA:  
Pretende  
que todo el lugar confirme  
lo que es fuerza que sospeche.

LUZBEL:  
Bien excusarlo pudierais;  
pero, de cualquiera suerte,  
no quedará en vuestro honor  
el escrúpulo más leve.  
Idos, señor Feliciano;  
que por ahora conviene  
no darle disgusto a Octavia.

FELICIANO:  
En todo he de obedecerte,  
padre, por muchas razones;  
mas mire que solamente  
por hoy le di la palabra  
de que estar seguro puede  
ese hombre.

LUZBEL:  
Sí; que mañana  
no habrá para qué se arriesgue.

FELICIANO:  
¿Cómo?

LUZBEL:

Nada me pregunte.  
puesto que el plazo es tan breve.

FELICIANO:  
Adiós, Octavia.

OCTAVIA:  
Él te guarde.

FELICIANO:  
Siendo tuyo...

OCTAVIA:  
No lo esperes.

JUANA:  
(Ella es quien más lo desea.)    Aparte

[Habla LUZBEL] a FELICIANO

LUZBEL:  
Id seguro; que no puede  
dejar de ser vuestra, Octavia.

FELICIANO:  
Vida mi esperanza tiene,  
padre, en confianza suya.  
(¡Prodigioso santo es éste!)    Aparte

Vase

LUZBEL:  
(¡Que estos por santo me tengan    Aparte  
a mayor rabia me mueve  
que la opresión que padezco!)  
Ya, señora Octavia, puede  
disponer de su persona  
como mejor le estuviere.

OCTAVIA:  
Pues, padre, el intento mío,  
aunque a mi pasión le pese,  
es padecer, mientras viva,  
con Ludovico si él quiere.

JUANA:

(También tiene nuestro padre      Aparte  
su poquito de alcahuete.)

OCTAVIA:

Pagar en algo lo mucho  
que debo a Dios y a la siempre  
Virgen...

LUZBEL:

Basta, no prosigas.  
(Auxilio, sin duda, es éste  
que la guarda, que la asiste,  
y aconseja que lo intente  
sólo para que merezca,  
sin que a ejecutarlo llegue,  
puesto que ya Ludovico  
su fin tan cercano tiene.  
Quitarla el merecimiento  
que en solicitarlo adquiere  
fácil fuera; mas no puedo,  
pues por tormento más fuerte,  
lo mismo he de hacer que hiciera  
Francisco.)

OCTAVIA:

¿Qué se suspende?  
Si su caridad acaso  
juzga que no me conviene,  
yo haré lo que me mandare.

LUZBEL:

El propósito que tiene,  
siento que debo aprobarla;  
y también que le fomenta.  
Y, puesto que está resuelta,  
vamos; que el tiempo se pierda.

OCTAVIA:

Pues, ¿quién le ha de hablar?

LUZBEL:

Vos misma.

OCTAVIA:

¿Yo, padre?

LUZBEL:

Nada recele;  
que cuida Dios mucho, Octavia,  
del que sus pasiones vence.  
Sólo al desprecio se arriesga  
de ese hombre; mas le conviene  
para su merecimiento  
que le perdone y le ruegue  
que otra vez la dé la mano.  
(Que si ofenderla quisiere,      Aparte  
orden tengo de que impida  
su impulso violentamente.)

OCTAVIA:

Yo he de obedercerte en todo,  
cuanto me mande.

LUZBEL:

(Bien puede,      Aparte  
por ahora.)

JUANA:

¿Iráste sola?

LUZBEL:

Segura va, no la deje.

JUANA:

Vamos; pero si te quedas  
con él, adiós para siempre;  
que yo a Florencia me vuelvo.

OCTAVIA:

Poco sentirá el perderte  
quien deja lo que más quiso  
por lo que más aborrece.  
Danos los mantos, Teodora.

TEODORA:

Notable corazón tienes.

Vanse las tres

ANTOLÍN:

Ahora entra el diablo y dice...

LUZBEL:

¿Cómo, si experiencias tiene  
de que nada se me oculta,  
no hay orden de que se enmiende  
habiéndolo yo mandado  
por obediencia mil veces  
que en el refectorio coma  
y beba cuanto quisiere,  
y no en otra parte alguna?  
No es fraile quien no obedece;  
mas yo haré que, como a bruto,  
el castigo le sujete  
y en una celda encerrado  
a comer poco se enseñe.

ANTOLÍN:

Padre, como desde anoche  
ni aun tripas mi cuerpo tiene,  
con vahidos y desmayos,  
dando por esas paredes,  
entré aquí a desayunarme.

LUZBEL:

¿Desayuno le parece,  
padre, un bollo de una libra  
y un pollo de cuatro meses?  
¿Por eso gasta palabras  
ociosas, como indecentes?  
Que si un áspero silicio  
sobre sus carnes trajese,  
y comiera lo bastante  
para vivir solamente,  
no estuviera para chanzas.  
Sígame.

ANTOLÍN:

¿Dónde me quiere  
llevar?

LUZBEL:

Donde inobediencias  
purgue.

ANTOLÍN:

Yo me haré dos fuentes,  
padre, por amor de Dios.

Le pido que no me encierre,  
y por aquella que puso  
sobre la infernal serpiente...

LUZBEL:  
Yo lo haré. Calle.

ANTOLÍN:  
Ya callo.

LUZBEL:  
Pero advierta que no puede  
quedarse sin penitencia.  
Dígame, ¿cuál le parece  
que cumplirá?

ANTOLÍN:  
Cien azotes,  
como otro no me los pegue.

LUZBEL:  
Otra penitencia quiero  
darte yo mucho más leve.  
Venga conmigo a la casa,  
hermano, de este rebelde  
Ludovico.

ANTOLÍN:  
¿Que aún porfía  
en pensar que ha de poderle  
reducir?

LUZBEL:  
Sí; pero sepa  
que el postrero día es éste  
y hemos de hacer el esfuerzo  
mayor que posible fuere.

ANTOLÍN:  
¿Y hemos de ir, padre?

LUZBEL:  
Sí;  
que puede ser que aprovechen  
más cuatro palabras tuyas  
que cuanto yo le dijere

y esta penitencia sola  
le doy.

ANTOLÍN:

Yo lo haré; mas déme  
licencia de que un cuchillo  
de monte en la manga lleve  
de tres palmos.

LUZBEL:

¿Eso dices?

ANTOLÍN:

Pues, ¿con qué he de defenderme  
si me embiste con palabras  
malas y nada corteses?

LUZBEL:

Yo, hermano, le sustituyo  
mi poder. De mí se queje  
si al instante que le diga  
que se tenga, se muriere  
aunque esté muy irritado.

ANTOLÍN:

Pues, vamos; que de esta suerte  
yo le pondré como un trapo.  
(Por si éste engañarme quiere,   Aparte  
me prevendré de guijarros.)  
¡Ah, padre!

LUZBEL:

¿Qué dices?

ANTOLÍN:

Que entre  
en la penitencia todo,  
y por esta vez dispense,  
para que me dé osadía  
en dos tragos de clarete.

LUZBEL:

Vaya.

ANTOLÍN:

(¡No quedará gota!)   Aparte

Vase

LUZBEL:

¡Que en esto Luzbel se emplee!  
En buen estado, Criador  
de Cielo y Tierra, me tienen  
Miguel vuestro capitán  
y Francisco vuestro alférez.

Vase. Salen LUDOVICO, CELIO, ALBERTO y  
CRIADOS

LUDOVICO:

¿Qué el cuerpo no habéis hallado  
de esta mujer?

ALBERTO:

No, señor.

LUDOVICO:

Ese fraile encantador  
de secreto la ha enterrado.

ALBERTO:

Claro está, pues se halló allí,  
que luego la llevaría  
y sepulcro la daría.  
Y te ha estado bien a ti  
porque ya en Luca estuviera  
público, y teniendo aviso  
a prenderte era preciso  
que el Gobernador viniera  
aunque es tu amigo el mayor.

LUDOVICO:

Ya yo le tengo avisado  
y de la causa informado.

ALBERTO:

(¡Qué gentil gobernador!)      Aparte

LUDOVICO:

De ésta y cualquier pretensión  
de mi parte tengo al juez,  
y me pesa que otra vez

no pueda mi indignación  
matarla; pero esta mano  
me acabará de vengar;  
porque no me he de ausentar  
sin dar muerte a Feliciano.  
Ni aun después pienso ausentarme;  
que en estando averiguada  
mi razón, muy poco o nada  
me ha de costar el librarme.  
Sólo retirarme quiero  
por no ver a este embaidor,  
hechicero, estafador  
con capa de limosnero.

ALBERTO:

Llamando están [...-ido,  
.....  
.....]

LUDOVICO:

[.....] Ve advertido  
de que no dejes entrar  
sino al que a comprar viniere  
los géneros que no hubiere  
en Luca, que han de pagar,  
sobre la falta, el deseo  
o los buscarán en vano;  
que si la mitad no gano,  
¿para qué mi hacienda empleo?

ALBERTO:

(Lo mismo hace con el trigo.)    Aparte

LUDOVICO:    Avísame de quién es  
antes de entrada le des.

ALBERTO:

Claro está

Vase

CELIO:

(Grande castigo    Aparte  
le ha de dar a este hombre el cielo.  
No hay seña en él de cristiano.)

LUDOVICO:

(El matar a Feliciano  
me causa mucho desvelo;  
que por agora ha de andar  
con cuidado y prevención.

Aparte

Sale ALBERTO

ALBERTO:

Señor, dos mujeres son  
las que te quieren hablar;  
y la una, aunque tapada,  
de bizarro parecer.

LUDOVICO:

No me vendrán a traer.

CELIO:

Tampoco a pedirle nada  
vendrán.

LUDOVICO:

Pues, ¿de qué lo infieres?

CELIO:

De que ya desengañados  
están y aún escarmentados,  
los pobres y los mujeres.

LUDOVICO:

Entren pues, y cierra luego.

ALBERTO:

Buscar quiero a quién servir.

Vase

CELIO:

Hoy me pienso despedir.

LUDOVICO:

Con grande desasosiego  
estoy.

CELIO:

(No hay en la ciudad      Aparte

quien, en oyendo su nombre,  
no diga que tan mal hombre  
no le tiene el mundo entero.)

Vuelven a salir el CRIADO, OCTAVIA y JUANA,  
tapadas, y detrás LUZBEL y fray ANTOLÍN

ALBERTO:  
Entrad.

JUANA:  
Yo estoy temblando de miedo.

OCTAVIA:  
Mi arrojó ha sido terrible.

ANTOLÍN:  
Sin duda estoy invisible.  
¡Qué linda cosa!

LUZBEL:  
Hable quedo.  
LUDOVICO:  
¿Qué me tenéis que mandar?

OCTAVIA:  
Turbada estoy, ¡ay de mí!  
¿Si entró fray Forzado?

LUZBEL:  
Sí.

OCTAVIA:  
A solas os quiero hablar.  
(Ya más animosa estoy.)      Aparte

LUDOVICO:  
Idos.

Vanse los CRIADOS

Ya decir podéis  
quién sois y lo que queréis  
pues ya estoy solo.

OCTAVIA:

Yo soy.

Descúbrese

LUDOVICO:

¿Qué miro? ¿Sombra yo? ¡Válgame el cielo!  
¡Fantástica visión!

OCTAVIA:

Pierde el recelo.  
No soy visión, no temas.

LUDOVICO:

Susto ha sido  
que ni medroso estoy ni arrepentido  
de verte muerta. Si a pedir me vienes  
que haga bien por tu alma, padre tienes,  
a él le toca, y también al falso amigo  
que en mi agravio fue cómplice contigo.

OCTAVIA:

Viva estoy. No te vengo a pedir nada;  
que, aunque la vida me quitó tu espada,  
me la volvió la virgen siempre pura  
en cuya confianza fui segura  
contigo ayer, por la inocencia mía  
y a quien me encomendé cuando moría.  
Clara y distintamente  
afirma que lo vio fray Obediente  
Forzado, a quien confieso, agradecida,  
que por su intercesión me dio la vida.  
La crueldad te perdono  
por la sospecha tuya y para abono  
de que no te ofendía  
ni aun la imaginación de parte mía,  
aunque ya el nudo fuerte  
que ató la iglesia desató la muerte,  
otra vez...

LUDOVICO:

Cierra los labios  
y vuelve al pecho la voz;  
que aun antes de pronunciada  
me enfurece tu intención.  
Contigo murió mi afrenta  
y mi enemigo mayor.

Sólo para que viviera  
por tu vida intercedió.  
¿Qué disculpa puedes darme  
si escucharon la traición  
de tu boca mis oídos;  
si en el papel que rompió,  
la queja que de tu amante  
tenías, en un renglón  
partido vieron mis ojos  
firmando mi deshonor?  
¿Cómo, vil mujer, te atreves  
--¡Ciego de cólera estoy!--  
a pronunciar que otra vez  
vuelva a ser tu esposo yo?  
Vete o tomará mi agravio  
otra vez satisfacción,  
y en esa infame criada  
que ayer de mí se escapó  
por testigo de mi agravio...

OCTAVIA:

Tu necia imaginación  
te ha mentido.

JUANA:

No mintiera  
si hubiera podido yo.

LUDOVICO:

Quítate de mi presencia,  
y si estás libre tu amor  
logre su infame deseo  
con quien primero que yo  
te tuvo en sus brazos.

OCTAVIA:

Miente  
tu infame lengua; que el sol  
no llegó a tocar la mano  
que mi desdicha te dio.  
Y aunque a ser mía otra vez  
he vuelto en esta ocasión,  
casarme con Feliciano  
no le está bien a mi honor.

LUDOVICO:

Ni al mío que vuelvas viva.

LUZBEL:

No tema.

ANTOLÍN:

El caso llegó.

LUDOVICO:

Que no ha de poder Francisco  
porque de su religión  
soy contrario, conseguir  
que viva sin honra yo;  
que a su pesar...

JUANA:

¡Celio, Alberto!

ANTOLÍN:

¿Llegó?

LUZBEL:

Sí.

Al querer [LUDOVICO] sacar la daga, se pone en  
medio fray ANTOLÍN

ANTOLÍN:

Téngase a Dios,  
que es justicia de justicia.

JUANA:

Como un mármol se quedó.

LUZBEL:

En esa iglesia me espere;  
que ya con todo cumplió.

JUANA:

Presto.

LUZBEL:

No hay que apresurarse.

JUANA:

¡Lindamente sucedió!

OCTAVIA:  
Jamás me vi tan gustosa.

Vanse las dos

ANTOLÍN:  
¿Qué mira? Ya se atufó.

LUDOVICO:  
Pues, ¿cómo tú...

ANTOLÍN:  
¿Cómo? Sí.

LUDOVICO:  
...no has temido?

ANTOLÍN:  
Como no;  
que el poder que fray Forzado  
tiene, en mí sustituyó.  
Estése quedito, y oiga  
con paciencia y atención  
mis elocuentes palabras.  
(Éste, lo mismo que yo,      Aparte  
sabe de letras sagradas.)

LUDOVICO:  
Soñando sin duda estoy.

ANTOLÍN:  
Dé limosna a San Francisco.  
Cíñase con su cordón  
que él le meterá en cintura  
su estomagado rencor.  
Si no, con su escapulario  
que como estomacón  
le desbalague o componga,  
como dijo Agamenón.  
Mire que son sus doblones  
los cabellos de Absalón  
y que el demonio por ellos  
le ha de asir. Deje que el sol  
los vea, pues son sus hijos.  
Dé limosnas a trompón

para los pobres que Él hizo.  
Funde un hospital o dos  
y case veinte doncellas;  
que ya por él no lo son.  
Haga todo lo que digo  
luego al punto; que si no,  
se irá tan derecho al cielo  
como el que de allá cayó  
y se lo ahorrará de misas  
de sepultura y clamor;  
que, según su santa vida  
y buena disposición,  
no tendrá sobre su entierro  
la parroquia un sí ni un no.

LUDOVICO:  
¡Lego vil!

ANTOLÍN:  
Téngase, digo;  
que soy yo mucho peor  
que fray Forzado.

LUDOVICO:  
Mi rabia  
es ya desesperación.

ANTOLÍN:  
Vomite todos los yerros  
que se avestruz ambición  
se ha tragado, y descalabre  
con ellos a un confesor  
con un guijarro como éste.

(Saca de la manga un guijarro)

(No es mala la prevención      Aparte  
por si me embiste de golpe.)  
El gran cardenal doctor  
se sacudía los huesos  
porque la carne voló  
como el cutis o pellejo  
que el desierto le dejó  
pergamino, aunque arrugado,  
sonaba como un tambor.

LUZBEL:

No diga más desatinos. Aparte.

LUDOVICO:

Un frío sudor  
se ha esparcido por mi venas.

ANTOLÍN:

¿Por qué no me le dejó?

LUZBEL:

Calle, que es un loco. Vaya  
y diga al Guardián que yo  
en esta casa le espero.  
No se detenga.

ANTOLÍN:

Ya voy;  
mas su caridad advierta  
que es mía la conversión  
de este hombre, que ya le dejo  
más blando que un algodón.

Vase

LUDOVICO:

Mágico, demonio o santo,  
que en mi determinación  
todo es uno, ¿qué te importa  
que yo me condene o no?

LUZBEL:

Siendo santo, me importare  
mucho dar un alma a Dios;  
mas siendo demonio, nada,  
que ni tu condenación  
me está mejor. El salvarte  
me pudiera estar peor  
muchas veces, Ludovico,  
sin poderlo excusar yo.  
Te he dicho que te enmendases  
y que advirtiese tu error  
que el término de tus culpas  
se acercaba. Ya llegó.  
Suplica de la sentencia.  
Pide espera.

LUDOVICO:

El corazón  
se quiere salir del pecho.

LUZBEL:

¿Qué aguardas? Pídele a Dios  
con ansias que te dé tiempo.

LUDOVICO:

No pueden tener perdón  
mis culpas.

LUZBEL:

No desconfíes;  
que ésa es la culpa mayor  
que cometen los mortales.  
Ponle por intercesor  
a Francisco, y porque empiece  
a ser tu amigo desde hoy  
y en su amparo te reciba,  
dale limosna.

LUDOVICO:

¡Eso no!

LUZBEL:

Mira que después de aquella  
poderosa intercesión  
de la siempre virgen madre,  
no hay otra alguna mayor  
para el Juez Divino. Mira  
que, por ser su opuesto yo,  
me ha dado el mayor castigo  
que haber pudo en quien soy.  
Pídele pues que interceda  
por ti, que puede con Dios  
tanto, que es de sus devotos  
raro el que se condenó.  
Él hará que te dé tiempo.  
Pídele su protección  
y a granjearle comienza.  
Dale limosna.

LUDOVICO:

¡Eso no!

En llegando a dar limosna  
a Francisco, olvido a Dios.

LUZBEL:  
Pues mira que sólo tienes...

LUDOVICO:  
No has de causarme temor.

LUZBEL:  
...un breve instante de vida.

LUDOVICO:  
Eso acredita que son  
engaños tus persuasiones.  
Jamás me sentí mejor.

LUZBEL:  
Señor, ¿ya es tiempo?

Dentro

SAN MIGUEL:  
Sí.

LUZBEL:  
Rebelde, vil pecador,  
racional, fiero retrato  
mío, por opuesto a Dios,  
tu castigo llegó. Baja  
adonde en llama feroz,  
que ni fulmina ni alumbre,  
seas eterno carbón.

LUDOVICO:    ¡Ay de mí!

Húndese

LUZBEL:  
¡Y ay de cuantos  
son ricos con el sudor  
de los pobres! Ya Luzbel  
vuestras órdenes cumplió.  
Creador de cielo y tierra,  
ya tiene la fundación  
principio de ese convento

que mi obediencia labró,  
ya en Luca con extremo  
general la devoción  
con estos frailes. ¿Qué falta  
para que deje, señor,  
este sayal, que aborrezco  
tanto como le amáis vos?

Baja en una tramoya SAN MIGUEL

SAN MIGUEL:  
Luzbel, para que sacudas  
el yugo de tu opresión,  
falta que a los pobres vuelvas  
lo que a los pobres quitó  
ese miserable bruto.

LUZBEL:  
Pues, ¿cómo he de poder yo?

SAN MIGUEL:  
No repliques, que bien puedes,  
pues Dios te da permisión;  
y mira que solamente  
persigas la religión  
de Francisco en lo que a todas  
pero en su alimento no.

Vuela. [Sube SAN MIGUEL en la tramoya]

LUZBEL:  
En lo que más les importa  
podré vengarme. Astarot,  
del infeliz Ludovico  
toma luego forma y voz  
para ejecutar el orden  
que tengo del Hacedor  
Eterno.

Vuelve a subir por donde se hundió el mismo  
LUDOVICO

LUDOVICO:  
Ya obedecido  
estás.

LUZBEL:

Miguel me ordenó  
que, primero que sacuda  
el yugo de mi opresión,  
vuelva a los pobres de Luca  
todo cuanto les quitó  
el mísero Ludovico;  
y porque el Gobernador  
no lo impida...

LUDOVICO:

Ya te entiendo;  
vamos a la ejecución.

LUZBEL:

Pues, por la ciudad a un tiempo  
lo publique una legión  
de las muchas de quien eres  
capitán porque a tu voz  
acuda el pueblo.

LUDOVICO:

Bien dices.

LUZBEL:

Entra, y desde ese balcón  
llámalos.

Éntrase LUDOVICO

LUDOVICO:

Pueblo de Luca,  
ya mi crueldad se trocó  
en lástima. Venid todos,  
pobres llegad, que otro soy.

Salen ALBERTO y CELIO

LUZBEL:

Ya se juntan.

ALBERTO:

Padre mío,  
¿qué es aquesto?

LUZBEL:

Obra de Dios.  
Quiere repartir su hacienda.

CELIO:  
Pues advierta que a los dos  
nos debe muchas raciones.

LUZBEL:  
Yo os daré satisfacción.

Vase

ALBERTO:  
Todo el pueblo se ha juntado.

CELIO:  
Ya viene el Gobernador.

Sale el GOBERNADOR, y criados

GOBERNADOR:  
¿Qué es esto? ¿Quién ha causado  
tan grande alboroto?

LUDOVICO:  
Yo.

GOBERNADOR:  
Pues, ¿qué intentáis?

LUDOVICO:  
Que a los pobres  
vuelvo lo que mi rigor  
los ha usurpado.

GOBERNADOR:  
Mas, ¿cómo  
entre tanta confusión  
de gente será posible?

LUDOVICO:  
¿No lo veis?

Mira dentro [el GOBERNADOR]

GOBERNADOR:

¡Válgame Dios!  
Fray Forzado lo reparte  
solo.

LUDOVICO:  
(Con una legión           Aparte  
de espíritus que le asiste.)

Salen el GUARDIÁN,  
y fray ANTOLÍN

ANTOLÍN:  
Yo fui quien le convirtió.

GUARDIÁN:  
Calle; que no es Ludovico  
el que mira.

ANTOLÍN:  
¿Cómo no?  
Pues, ¿estoy yo ciego, padre?

GOBERNADOR:  
¡Oh, padre Guardián!

GUARDIÁN:  
Señor.

GOBERNADOR:  
¿Qué dice de una mudanza  
tan rara?

Salen LUZBEL, FELICIANO,  
OCTAVIA y JUANA

FELICIANO:  
¡Sin vida estoy!

LUZBEL:  
No tema; que Octavia es suya.

GOBERNADOR:  
Señora, a buena ocasión  
venís.

OCTAVIA:

(La desdicha mía      Aparte  
esta mudanza causó.)

LUZBEL:  
Ya tengo, padre Guardián

(Llegándose a él)

de dejarlos permisión.

GUARDIÁN:  
Pues di quién eres y vete  
sin que les causes horror;  
que a todo el pueblo mañana  
referiré el caso yo.

GOBERNADOR:  
Ludovico, mi señora  
Octavia...

LUZBEL:  
Gobernador,  
no prosigas; que ni es éste  
Ludovico, ni soy yo  
el que habéis pensado.

GOBERNADOR:  
¿Cómo?

Quitándose el hábito [LUZBEL]

LUZBEL:  
Aunque está sin bendición,  
quitarme el hábito es fuerza  
que de disfraz me sirvió.  
Primero que os desengañe  
escuchadme sin temor.  
Al infeliz Ludovico  
vivo la tierra tragó  
y porque tú no pudieras  
impedir la ejecución  
de restituír su hacienda,  
su misma forma tomó,  
con orden mía, este impuro  
espíritu. Luzbel soy.  
De limosnero he servido

por mandamiento de Dios  
a los hijos de Francisco  
en pena de que fui yo  
de negarles el sustento  
esta ciudad, el autor.  
El Guardián, que está presente,  
a quien Dios le reveló  
a todo el pueblo mañana  
referirá en su sermón  
el suceso más despacio.  
Ya entre tus hijos y yo,  
Francisco, cesó la tregua.  
Ya vuelvo a ser tu mayor  
contrario. Mira por ellos;  
que si en su alimento no,  
en perturbar su virtud  
se ha de vengar mi rencor.

(Húndese)

GOBERNADOR:  
¡Raro prodigio!

FELICIANO:  
¡Espantoso!

GUARDIÁN:  
De todo testigo soy.

OCTAVIA:  
No estoy en mí, de asustada.

JUANA:  
¡Buen santo!

ANTOLÍN:  
¡Que fuese yo  
compañero del demonio!

GUARDIÁN:  
Sí, mas como santo obró.

FELICIANO:  
Ya no hay estorbo que impida  
Octavia mi pretensión.

OCTAVIA:

Deja que pierda primero  
de esta desdicha el horror  
que en fin fue mi esposo.

GOBERNADOR:

Es justo.

FELICIANO:

No puedo negarlo yo.

ANTOLÍN:

En las jornadas del cielo  
hallará sin distinción  
este caso el que lo dude.  
Merezca, si os agradó,  
por extraño y verdadero,  
ya que no aplauso, perdón.

FIN DE LA COMEDIA